

ARMAS PARA LA DICTADURA. ARMAS PARA LA GUERRILLA

Suárez: Doctor, cuando Batista se ve parcialmente boicoteado por los Estados Unidos en el suministro de armas y municiones, y digo parcialmente, por lo que usted me ha dicho, acude a distintos países a tratar de adquirir armamento para fortalecer su capacidad de ataque frente a la guerrilla. Usted me dijo de que hasta los propios norteamericanos le confesaron, en la respuesta que hicieron del formulario presentado al Departamento de Estado, el hecho de que Batista había adquirido armas en la República Dominicana y estaba tratando de adquirirlas en Nicaragua y Europa. Inglaterra le vendió diecisiete aviones *Sea Fury* y el Ejército Rebelde reacciona decretando un boicot a las empresas y a los productos ingleses en Cuba. ¿Me explica esta situación?

Buch: Batista no era bobo; él se aprovechaba de cualquier cosa para publicitar de que recibía respaldo internacional. Lo mismo publicitaba con bombos y platillos una fotografía dedicada por algún político yanqui, que una visita de cortesía, que un respaldo real. Así que cuando logró concertar el contrato de compra de los aviones *Sea Fury* a Inglaterra, lo anunció pomposamente. Por supuesto, que aquello cayó como una bomba, pues ya hasta los Estados Unidos se habían manifestado en el sentido de no venderle armas, y de pronto aparece el Reino Unido vendiéndole nada más y nada menos que aviones y blindados. El Movimiento 26 de Julio y la Resistencia Cívica denunciaron dicha compraventa y lanzaron la consigna de boicotear todos los productos ingleses, que en Cuba eran significativos. Ahí tienes el caso de la empresa *Shell-Mex de Cuba*, que tenía servicentros en todo el país. En realidad la campaña de boicot fue un éxito, tanto en Cuba como en el exterior. Radio Rebelde dijo que los “avioncitos” aquellos les iban a provocar más daño a los ingleses que a los cubanos, y tenía razón.

Suárez: ¿En qué consistió la Ley dictada en la Sierra Maestra en relación con las propiedades inglesas en Cuba?

Buch: Independientemente de la política de boicot, Fidel dispuso, mediante una Ley dictada por el Ejército Rebelde, que los bienes de

ciudadanos ingleses en Cuba, de inmediato los que se encontraran en territorio liberado, y al triunfo de la Revolución los demás, fueran embargados; era una disposición bien curiosa, pues condicionaba su vigencia al momento en que llegara a Cuba el primer avión inglés.

Suárez: Es una medida de represalia.

Buch: Sí. Nos asistía todo el derecho.

Suárez: ¿Se aplicó esta Ley?

Buch: No tengo noticias de haberse aplicado, pues en territorio liberado no había propiedades inglesas, pero la Ley estaba vigente, y lo que más afectó a la empresa *Shell-Mex de Cuba* era el boicot que sufría, no solo en territorio cubano, sino en el extranjero. La empresa se vió afectada seriamente y la gerencia acordó disminuir el personal y rebajar los salarios a los empleados. Esto es ya con la Revolución en el poder. Se hablaba de amagos de huelga; Fidel intervino, negoció con la empresa suspendiendo el boicot y derogando la Ley de embargo a cambio de aumentar en 100 % el salario a los trabajadores y en 50 % a los dirigentes.

Suárez: Cuando se produce la venta, ¿usted hizo gestiones directas ante las autoridades inglesas?

Buch: Yo me entrevisté con el Embajador de Inglaterra en Caracas. Fidel me había enviado un cifrado, en el cual me pedía que lograra una entrevista con el Embajador y le preguntara si de la misma manera que Inglaterra le vendía armas y medios a Batista, iba a permitir que las empresas inglesas de armamento vendieran armas al Ejército Rebelde.

Yo le pedí la entrevista. Nos reunimos y le entregué el mensaje de Fidel. Le expliqué ampliamente las razones que habíamos tenido para dictar en la Sierra Maestra la Ley de embargo de las propiedades de ciudadanos ingleses y proceder al boicot de los productos ingleses y en qué consistía este. Ellos estaban muy preocupados, porque sus intereses económicos estaban siendo afectados, no sólo en Cuba sino también en otros países. El Embajador quedó preocupado, se le notaba. Se comprometió a transmitir a su Gobierno el mensaje de Fidel.

Suárez: ¿Hubo respuesta?

Buch: No, de forma directa no hubo respuesta.

Suárez: ¿Qué me quiere decir?

Buch: Que por gestiones del Comité del Exilio, los laboristas interpe-laron en el Parlamento inglés al ministro de Relaciones Exteriores por la venta de aviones a Batista.

Suárez: ¿Cómo lo lograron?

Buch: Por los mismos días en que se crea esta situación, octubre-noviembre de 1958, en Nueva York, José Llanusa Gobel, organizador del Comité del Exilio, tuvo una entrevista con el señor Marcelino García Beltrán, quien era el propietario del central Mabay, situado en las proximidades de Bayamo. El Ejército Rebelde había decretado el cobro del impuesto de guerra consistente en quince centavos por cada saco de azúcar que se produjera, y como Marcelino García Beltrán, al igual que otros muchos industriales cubanos, dada la situación de guerra civil que había en el país estaba establecido en el extranjero, Llanusa se entrevistó con él en Nueva York, por medio de su yerno Jorge Beruff, quien en aquella época simpatizaba con la Revolución, para tratar lo relacionado con el cobro del impuesto de guerra.

En esa conversación, entre los temas que se abordó, estaba lo relacionado con la venta de los aviones ingleses. El señor Marcelino García dejó entrever que había manera de parar la venta de los aviones y de impedir otra que estaban negociando ambos gobiernos, en relación con la venta por Inglaterra de tanques de guerra a Cuba.

Llanusa me llamó a Caracas y me dijo que debía viajar urgentemente a Nueva York para un asunto de suma importancia. Tomé el primer avión. Me explicó que Marcelino García le había insinuado que aprovechándose de las excelentes relaciones que él tenía con el doctor Roberto Arias, quien había sido Embajador de Panamá en Londres, y con su esposa, Margot Fonteyn, quien era primera bailarina de la Corte inglesa, se podía lograr hacer algo para evitar la venta de los aviones y cualquier otra negociación con Batista, pues Margot Fonteyn era muy influyente en los círculos políticos ingleses, especialmente entre los laboristas, quienes entonces estaban en la oposición.

A mí me pareció muy buena la posibilidad, así que Llanusa se encargó de concertar la entrevista con Marcelino García. En esa entrevista, este señor hizo hincapié en que los contactos con el doctor Roberto Arias podían sernos de mucha utilidad, dadas las magníficas relaciones que este y su esposa tenían en los círculos políticos más influyentes de Inglaterra. Nos explicó que si se lograba que los laboristas se interesaran en el tema, se podría tener éxito, pues, seguramente, ellos estarían dispuestos a crearle problemas al Gobierno conservador.

En la conversación, García nos explicó que el doctor Arias estaba en planes para invadir con una fuerza irregular a Panamá y acceder al poder, y que quizá nosotros podríamos auxiliarlo en esos planes.

Suárez: ¿Qué le dijo usted?

Buch: Yo le expliqué que estábamos interesados en impedir que Batista recibiera armas, y nosotros en conseguirlas para abastecer a la guerrilla, y que era de urgencia su obtención, porque de ello podía depender que la guerra terminara mucho antes y con ello se pudiera ahorrar muchas vidas. Di a entender de que, al triunfo de la Revolución en Cuba, podía tenerse en consideración la ayuda que el doctor Arias nos brindara.

Suárez: ¿Era un compromiso?

Buch: En modo alguno. Una simple insinuación diplomática. Yo no estaba autorizado para establecer ese tipo de compromiso futuro. Simplemente, seguí el juego, buscando resultados inmediatos para nuestra causa.

Suárez: ¿Se entrevistó con el doctor Arias?

Buch: Sí. Marcelino García se encargó de concertar una cita con ellos, con Arias y con la señora Fonteyn. Fue una cena en un reservado del lujoso hotel Waldorf Astoria, de Nueva York. Estábamos Marcelino García y su esposa, el doctor Arias y su esposa, Jorge Beruff y su esposa, hija del señor García Beltrán, Llanusa y yo.

Suárez: ¿De qué conversaron?

Buch: De tres temas, fundamentalmente. Primero: de la situación de la guerra civil en Cuba; segundo: de los planes insurreccionales de Roberto Arias, y tercero: de la ayuda que la señora Fonteyn podría realizar con el diputado Hugh Delargy, del Partido Laborista, para que atacara en el Parlamento inglés al Gobierno conservador, por su inmoral política de abastecimiento bélico a la sangrienta tiranía de Batista.

Margot Fonteyn iría a Londres, donde se entrevistaría con el diputado Delargy para interesarlo en el asunto. Nosotros teníamos que designar a un delegado, debidamente acreditado, con plenos poderes, para que pudiera ser presentado como representante de la parte afectada por las operaciones comerciales que en materia de armamentos estaban desarrollando Inglaterra y Batista. La presencia de un enviado del Movimiento 26 de Julio en Londres le daría mayor fuerza a las gestiones que se iba a desarrollar.

Suárez: ¿A quién escogieron?

Buch: Al doctor Manuel Piedra, quien era miembro de la Sección Venezuela del Movimiento 26 de Julio. Piedra era hijo de un coronel del Ejército Libertador, Manuel Piedra Martell, quien había prestado servicios diplomáticos en distintos países, en ocasiones acompañado por su hijo, el cual hablaba inglés y tenía cierta experiencia en los manejos diplomáticos.

Se preparó una carta credencial, firmada por el doctor Manuel Urrutia, como Presidente del Gobierno Revolucionario, que acreditaba que el doctor Manuel Piedra era Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de Cuba en Armas, y otra credencial firmada por mí, acreditando que el doctor Piedra era representante del Movimiento 26 de Julio. Él debía utilizar, una u otra, según el caso de que se tratara.

Suárez: ¿Qué instrucciones se le dio?

Buch: En principio, de que se encargara de gestionar con Delargy una declaración oficial del Partido Laborista contra la venta de armas a Batista y la posibilidad de que los laboristas llevaran el asunto al Parlamento, como había sugerido Margot Fonteyn.

Ya estando él en Londres, le envié un mensaje en el que añadía que podía negociar con el Gobierno inglés el compromiso de suspender la orden de embargo a las propiedades inglesas en Cuba, si ellos suspendían la venta de tanques, aviones, armas y municiones a la dictadura.

Suárez: ¿Qué se logró en concreto?

Buch: No hubo ningún tipo de compromiso con el Gobierno inglés, pero las gestiones fueron un éxito, pues el 19 de noviembre de 1958, en la Cámara de los Comunes, el ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra tuvo que responder a varias preguntas que por interpelación parlamentaria habían presentado los laboristas.

¿Qué ocurre? Que el ministro se mostró muy abierto y sincero, reconoció las ventas de los aviones y ofreció seguridades en el sentido de que no habría nuevos embarques de armamento con destino a Cuba sin conocimiento del Parlamento. Ello dejaba satisfechos a los laboristas y a nosotros. Fue una victoria diplomática, sin dudas, que tuvo de inmediato tremenda repercusión internacional. Este tipo de actividad les daba a Batista y a sus aliados una idea de las dimensiones de la actividad del Movimiento 26 de Julio. Fue un éxito tremendo.

Se había logrado denunciar que aviones y tanques británicos iban a ser usados por el dictador cubano para matar a civiles cubanos en medio de una guerra civil, y se había logrado el compromiso solemne del Gobierno británico de que no se realizaría nuevos envíos sin antes informar debidamente al Parlamento.

Por otra parte, se logró que los obreros de los puertos ingleses, sindicalizados en los *Trade Unions*, se negaran a cargar los fardos que contenían el material bélico aún no transportado a Cuba.

Suárez: En abril de 1959, el doctor Arias organizó una fuerza expedicionaria que salió de Cuba y que estaba integrada en su mayoría por cubanos, e invadió a Panamá; ¿tiene esto relación con las conversaciones que usted y Llanusa tuvieron con él en Nueva York en 1958?

Buch: Al triunfo de la Revolución, Llanusa y yo recibimos en La Habana la visita del doctor Roberto Arias. En ese momento, Llanusa fungía como comisionado de La Habana y yo como ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros del Gobierno Revolucionario. Le manifestamos nuestro agradecimiento por la eficaz ayuda prestada por su esposa, Margot Fonteyn, a quien le enviamos un hermoso ramo de flores, para obtener los resultados de bloqueo a la ayuda militar inglesa a Batista. En realidad, la visita fue de mera cortesía. En esa conversación, en ningún momento, se abordó nada en relación con sus planes insurreccionales en Panamá. Por supuesto, nosotros tampoco quisimos hablar del asunto.

Con el transcurso del tiempo, y en vista a los sucesos acaecidos en relación con la expedición que salió de Batabanó con destino a Panamá, Llanusa y yo coincidimos en el criterio de que la visita que nos hizo el doctor Arias era parte de un enmascaramiento de las actividades que realizaba en Cuba.

Suárez: ¿Cómo se organizó esta expedición?

Buch: En Venezuela se había exiliado César Vega, quien era dueño de cabarets en La Habana, y el cual se tuvo que ir al exilio por dificultades que comenzó a tener con Batista. Allí, en Venezuela, tuvo algún tipo de relación con emigrados cubanos que estaban vinculados a la Revolución. Cuando esta triunfa, César Vega regresa a Cuba y, puesto de acuerdo con Enrique Morales, quien era hijo del vicepresidente del Tribunal Supremo de Panamá, organiza una expedición armada para invadir aquel país y apoyar a grupos de alzados. Era gente principalmente de La Habana, la mayoría de ellos engañados. Salieron por Batabanó, en el buque *Mayarí*.

Suárez: ¿Tuvo algo que ver el Gobierno Revolucionario de Cuba con esta expedición?

Buch: Nada, en lo absoluto. Por ese tiempo, la Seguridad del Estado estaba formándose y estos individuos lograron armar su conspiración y salir de Cuba sin ser detectados. Pero una vez que desembarcaron, Fidel y Raúl ordenaron que dos oficiales del Ejército Rebelde, con la autorización del Gobierno panameño, fueran hasta donde estaban estos hombres y lograran la entrega incondicional de ellos.

Suárez: ¿Cuántos cubanos estaban involucrados en la expedición?

Buch: De los ochenta y siete expedicionarios, por lo menos setenta y nueve eran cubanos, pero de esos, sólo cinco pertenecían al Ejército Rebelde. Sin disparar un tiro, todos aquellos hombres se rindieron a los dos oficiales cubanos que viajaron a Panamá y a una comisión de la Organización de Estados Americanos, creada por iniciativa de Raúl Roa.

Suárez: Pero el doctor Arias, después de la conversación que sostuvo con usted en Nueva York, en octubre de 1958, pudo pensar que la Revolución tenía un compromiso de ayuda con él.

Buch: De ninguna manera. En esa oportunidad, le dijimos que no estábamos en condiciones de ayudarlo, aunque al triunfo de la Revolución podríamos considerarlo, lo que no significó ningún tipo de compromiso; él no se lo tomó como compromiso, porque cuando al triunfo de la Revolución vino a saludarnos, nada dijo del asunto, y se supone que quienes podían haber comprometido a la Revolución en eso éramos Llanusa y yo.

Suárez: Vamos a seguir hablando de armas.

Buch: ¿Qué quieres saber?

Suárez: Todo. Por ejemplo, es muy poco conocido de que la guerrilla cubana recibió, especialmente el Primer Frente José Martí, a lo largo de 1958, un importante suministro aéreo de armas y de que las gestiones realizadas por el Movimiento 26 de Julio para adquirirlas fueron de envergadura. Las armas provienen de distintos países y casi siempre llegan con mucha oportunidad. ¿Cuándo llega el primer cargamento aéreo de armas a la Sierra Maestra?

Buch: En marzo de 1958, en vísperas de la huelga de abril. Exactamente, el 30 de marzo.

Suárez: Esta es la expedición que llega desde Costa Rica.

Buch: Ciertamente.

Suárez: ¿Cómo se preparó?

Buch: Evelio Rodríguez Curbelo recibió la encomienda de viajar a Costa Rica, con el propósito de gestionar el abastecimiento de armas al Movimiento 26 de Julio.

Suárez: ¿Quién lo mandó? ¿Fidel?

Buch: Lo envió Celia Sánchez. Allí había un Comité del Movimiento 26 de Julio que ya venía trabajando en esta dirección. Cuando esto se conoce en Cuba, Celia le da la encomienda a Evelio Rodríguez de ir a Costa Rica y viabilizar este cargamento de armas. Cuando Evelio llega, pasa a ocupar la Secretaría General del Comité, el que después comenzó a tener fisuras y dificultades por la actitud personalista que Hubert Matos asumía, y que finalmente llegó a provocar una división en este colectivo de cubanos exiliados. El Comité tuvo que ser reestructurado, aunque Evelio fue ratificado como secretario general.

Con posterioridad llegan a Costa Rica otros tres revolucionarios cubanos: Ricardo Martínez, Francisco Pérez Rivas y Samuel Rodríguez, quienes se integran a trabajar en el propósito de preparar el envío de las armas.

Suárez: ¿Y qué participación tiene en todo esto Hubert Matos? Se ha dicho más de una vez, especialmente por él y por gente muy próxima a él y a la contrarrevolución, y disculpe la redundancia, que la expedición de Costa Rica es su obra.

Buch: En un principio, la intervención de Hubert Matos se circunscribió a la ayuda económica para la preparación de la expedición y la compra de las armas, para lo cual él aportó cuatro mil dólares. Después, tiene mayor intervención en el asunto.

Mejor te lo explico todo para que puedas hacerte una idea de la intervención que cada uno tuvo en esto, y hasta donde es falso ese protagonismo que Hubert Matos siempre se concede.

Frank Marshall, quien había sido jefe del Ejército de Costa Rica bajo la presidencia de José Figueres, y que aspiraba a senador, se expresaba en términos muy favorables a nuestra causa, exaltando la figura de Fidel. Se tenía información acerca de que este hombre tenía contactos, representaba a firmas que comercializaban armamento. Con estos antecedentes, los revolucionarios cubanos en Costa Rica se le acercaron para plantearle el interés que tenían de enviar armamento a la Sierra

Maestra. El hombre estuvo de acuerdo en cooperar. Regaló cincuenta fusiles Mauser y cinco mil proyectiles, y dio el contacto con los traficantes de armas, a los que se les compró el resto del cargamento.

Suárez: ¿Qué armamento lograron reunir?

Buch: Quinientos mil proyectiles 30-06, diez mil proyectiles de 9 milímetros, cinco mil proyectiles calibre 50, los cincuenta fusiles Mauser que obsequió Marshall, diez ametralladoras Rice, diez ametralladoras Bereta, cinco fusiles M-3, y dos ametralladoras calibre 50, junto con cuarenta y seis obuses calibre 60, que regaló José Figueres.

Suárez: ¿Con qué dinero se compró las armas y se arregló la expedición?

Buch: En este plan no sólo estaban involucrados los revolucionarios cubanos exiliados en Costa Rica —ya te dije que Hubert Matos había dado cuatro mil dólares—, sino que era un plan que contaba con la aprobación de la Comandancia General, de Fidel, por medio de Celia Sánchez, cuando la esposa de Hubert Matos viaja a Cuba a comunicarlo, por indicaciones de Fidel, fueron transferidos bancariamente cinco mil dólares para cubrir gastos. Más adelante, la Sección Venezuela hizo llegar también más de catorce mil dólares, en tres partidas, a solicitud de *Pedrito* Miret, quien iba rumbo a Caracas con Gustavo Arcos y quienes al hacer escala en Costa Rica, fueron abordados por Ricardo Martínez, quien los puso al corriente de las gestiones para enviar las armas.

Cuando ya se tuvo el armamento, el problema era cómo hacerlo llegar a Cuba. Evelio Rodríguez había conocido en San José a un coronel retirado del Ejército, el cual tenía un negocio de comercio marítimo de madera en el área de El Caribe, y con Samuel Rodríguez, fueron a ver al hombre a Puerto Limón, con la intención de conseguir una de sus embarcaciones, pero resultó que el hombre había abandonado ya el negocio.

Hubo también un plan para secuestrar un avión que quedaba sin custodia en el aeropuerto de Puerto Limón y, utilizando a un aviador que se había fugado de la cárcel de La Habana y que en esos momentos estaba en Miami, el capitán Mitchell, llevar las armas a la Sierra Maestra. Hubert Matos planteó que, como propietario de una arrocera, él conocía muy bien una zona donde se podía hacer un aterrizaje, escondiendo en un monte próximo las armas, hasta que se hicieran llegar a Fidel. Este plan se pensó muy seriamente, pero fue desechado después de

que el Presidente José Figueres se involucró, donando incluso las dos ametralladoras calibre 50 y los cuarenta y ocho obuses calibre 60.

De informar y comprometer al Presidente se encargaron el revolucionario dominicano Julio César Martínez y el cura Núñez, quienes eran muy amigos de Figueres. Logrado esto, e introducidos por ellos, nuestros compañeros se entrevistaron con el capitán Guerra, quien era propietario de una línea aérea que prestaba servicios dentro del territorio costarricense, el cual estuvo interesado en vender un avión *Curtiss C-46*, de dos motores y con capacidad de carga de cinco toneladas, y pedía ciento cincuenta mil dólares. Se discutió el asunto, y al final se acordó alquilarlo por doce mil dólares.

Como el avión estaba en Miami en reparaciones, fue necesario de que Guerra fuera a buscarlo, ocasión en la que vinieron pilotando el avión Pedro Luis Díaz Lanz, y los hermanos Roberto y Guillermo Verdaguer.

A ellos se les unió *Pedrito* Miret, con quien el Presidente Figueres conversó, planteándoles de que el avión tenía que aterrizar en un aeropuerto seguro, evitando que la operación comprometiera a Costa Rica. Pedro Miret le contestó de que en el Segundo Frente había ese aeropuerto. De todas maneras, Figueres pidió garantías. A tal efecto, sirviéndose de una planta de radio de su propiedad, se estableció contacto con Vilma Espín, quien se encargó de ofrecerle mayor seguridad y confianza.

Suárez: Pero la expedición no desembarca en el Segundo Frente, sino en la Sierra Maestra, ¿por que?

Buch: Al regresar a México la esposa de Hubert Matos, Ricardo Lorié viajó a Cuba con la intención de acordar con Fidel los detalles de la acción. Fidel planteó que el aterrizaje debía producirse en Cienaguilla, el 30 de marzo, a las seis y quince minutos de la tarde, que era la hora en que los aviones de Batista dejaban de volar. La “pista” de Cienaguilla era el resultado de haber limpiado de malezas la parte llana del lugar. Dadas las circunstancias, se acondicionó lo mejor posible. En el momento acordado se colocó una sábana blanca tendida en la tierra para marcar el comienzo de la supuesta pista de aterrizaje.

Se hizo un cálculo aproximado del tiempo que demoraba el avión en recorrer la distancia entre Costa Rica y Cienaguilla, de tal modo de llegar a la hora planteada por Fidel. Así que despegaron al mediodía desde Punta Arenas. Ocurrió que esa tarde, en las inmediaciones de Cienaguilla, el Ejército había realizado una incursión, con lo cual cuan-

do el avión se acercó al lugar, pensando de que se trataba de un avión de la Fuerza Aérea de Batista, los rebeldes quitaron la sábana, obligando a Díaz Lanz y a Verdaguer a aterrizar a rumbo, operación en la cual una de las hélices tocó tierra, siendo imposible arreglarla. Eso determina que los pilotos no pudieran despegar de regreso a Costa Rica y que se hiciera necesario incendiar el avión, para evitar que pudiera caer en manos del Ejército y con ello establecer su identificación. Los pilotos, Díaz Lanz y Verdaguer, y el piloto que había designado el capitán Guerra como garantía de no perder en la acción, Raúl Rojo del Río, quien llegó al grado de capitán del Ejército Rebelde, quedaron en la Sierra Maestra. Allí estaban cuando se produce la reunión en Mompié, estudiando el terreno para acciones posteriores de abastecimiento aéreo.

Esa misma noche, Fidel llegó al lugar y probó cada una de las armas, que fueron las que vinieron a reforzar a los rebeldes en vísperas de la huelga de abril y también fueron muy importantes para enfrentar la ofensiva de verano lanzada por Batista.

Las dificultades que se presentaron para coordinar el arribo del avión, que desembocan en su pérdida, determinaron la decisión que se toma en esta reunión en Mompié, de preparar los cifrados para evitar los riesgos que tenían estas acciones si no había una coherencia y una coordinación efectiva entre la Sierra Maestra y el exilio.

Suárez: ¿Cuándo se produce el segundo abastecimiento aéreo?

Buch: A los cincuenta y nueve días del primero, o sea, ocurre el 29 de mayo de 1958.

Suárez: ¿Quiénes y dónde preparan este nuevo abastecimiento?

Buch: En los Estados Unidos. Este cargamento es obra de *Bebo* Hidalgo, quien era todavía responsable de Asuntos Bélicos del Movimiento 26 de Julio en el Exilio, y de Haydée Santamaría, quien acababa de llegar a los Estados Unidos, vía Camagüey, para hacerse cargo de la Tesorería del Comité del Exilio. Ellos adquirieron varios lotes a diferentes traficantes de armas, quienes siempre han sido numerosos en ese país.

El cargamento consistía en veinte mil proyectiles 30-06, numerosos fulminantes eléctricos para su uso en la confección de minas, treinta carabinas italianas con su respectivo parque, un fusil Garand y municiones para fusiles M-1, y se hace por vía aérea, como el anterior.

Suárez: ¿En qué avión?

Buch: Ellos compraron un avión tipo *Cessna*, de un solo motor, de escasa velocidad y apenas seiscientos cincuenta millas de autonomía de vuelo, pero suficiente para llevar esta carga a la Sierra Maestra. Este avión fue matriculado como un avión deportivo, de tal manera que pudiera solicitarse, sin levantar sospechas, un permiso de vuelo en la dirección Miami-Kingston, lo que era usual y corriente entre los aeropuertos del sur de La Florida y los países de El Caribe y viceversa, pues el tráfico aéreo era constante, dado el movimiento de pequeñas naves aéreas que eran propiedad de comerciantes e industriales o alquiladas para viajes turísticos.

Suárez: ¿Y dónde efectúan la carga del armamento? ¿Desde dónde despegan? ¿De un aeropuerto oficial?

Buch: Nada de aeropuertos oficiales, porque los compañeros tenían que proceder siempre con el mayor sigilo, con la mayor discreción posible para eludir los chequeos y controles de las autoridades federales, y especialmente del FBI. Pero, realmente, no fue difícil encontrar en las afueras de Miami una pista abandonada, en buen estado físico, aunque fuera de uso. En todo caso, el problema sería los vecinos, si notaran algo sospechoso y lo informaran a las autoridades.

Para evitar esto, se utilizó un sistema que consistía en que durante los días previos a la salida del avión hacia Cuba, algunos compañeros del Movimiento 26 de Julio fueran en autos hasta allí y pusieran a volar avioncitos de juguete, cuyos motores producían el sonido característico de un avión pequeño, de tal manera que este ruido se hiciera habitual para los vecinos y no sospecharan nada cuando se tratara del *Cessna* que habíamos comprado.

El plan consistía en que el avión despegara de Miami, hiciera una escala rápida en una pista previamente seleccionada en la Sierra Maestra, descargara el armamento, continuara viaje a Jamaica, y de allí regresara a Miami.

Suárez: ¿Cómo se realiza la coordinación? ¿Utilizando las claves secretas?

Buch: No. El duplicado de la clave, que el Che había elaborado en Mompí de acuerdo con las órdenes de Fidel y que yo había llevado a Caracas para establecer la comunicación secreta por vía radial, se extravió en la Comandancia General, por lo que no se pudo utilizar, y todavía no se había instaurado el sistema de claves de los diccionarios. No quedó más remedio que ajustar esta operación mediante men-

sajeros que viajaron a Cuba desde los Estados Unidos y viceversa, sólo que en esta ocasión estas comunicaciones fueron más ágiles, dadas las facilidades de comunicación directa por vía aérea que había entre Miami y Cuba.

La operación se coordinó para el 29 de mayo, al atardecer. Después de que en la mañana se había suspendido los permisos de vuelo, por las malas condiciones atmosféricas reinantes, en la tarde se obtuvo el permiso, y en una rápida operación comando, sincronizada, el avión aterrizó en aquella pista, cargó y salió para Cuba, y como no pudo encontrar la pista previamente acordada con Fidel, por una equivocada interpretación de las comunicaciones escritas y verbales que se había tenido en la preparación de la acción, el piloto, Pedro Luis Díaz Lanz, se vio precisado a aterrizar en un campo desyerbado cerca de La Plata, donde, por supuesto, no era esperado. Díaz Lanz y Carlos Franqui descargaron el armamento y el avión salió, sin dificultades, hacia Jamaica, de todo lo cual un campesino informó a *Pedrito* Miret y este a Fidel, quien como era su costumbre, fue hasta el lugar y probó cada una de las armas traídas.

Suárez: ¿Este fue el primer avión que poseyó el Movimiento 26 de Julio?

Buch: Sí. Este *Cessna*, posteriormente, fue vendido y se adquirió un avión *Douglas* de dos motores con mayor capacidad de carga para continuar transportando los implementos bélicos a la guerrilla. También se tenía un avión *Beechcraft* D-18, tipo monoplano de carga, con capacidad para nueve pasajeros, de dos motores, con más de mil cien millas de autonomía de vuelo y más de ocho toneladas de capacidad, que fue el que se usó para realizar la tercera y la cuarta acciones de abastecimiento a la Sierra Maestra, y que ya antes había sido usado en dos misiones de transporte de armas y combatientes al territorio del Segundo Frente Oriental.

Suárez: ¿Cuándo ocurren estos otros dos viajes de abastecimiento?

Buch: En agosto de 1958. El primero fue el 23 de agosto, que debía servir para proveer al Che de armas y parque suficientes para emprender al día siguiente, 24 de agosto, la invasión hacia el occidente de Cuba, y aunque el viaje se hizo sin complicaciones, tanto para el aterrizaje como para el despegue en Cienaguilla, no llevó al Che ni las armas ni las municiones que necesitaba, por lo cual fue necesario que hiciera un nuevo viaje seis días después, el que resultó ser el último para aquel avión.

Suárez: ¿Por qué no se le envía al Che en el primer vuelo el armamento y las municiones que necesitaba?

Buch: En ese vuelo el avión no fue vacío; lo que ocurrió fue que su capacidad de carga se utilizó básicamente, para transportar una planta de radio de onda larga, piezas de repuesto para la planta de Radio Rebelde, dos plantas eléctricas con sus correspondientes motores de gasolina y distintos aditamentos eléctricos para el alumbrado, lo que posibilitaría que las pistas rebeldes quedaran en condiciones de ser alumbradas, para proceder a realizar vuelos nocturnos, mucho más seguros y menos riesgosos que los que hasta entonces se estaba efectuando.

La planta de radio de onda larga era necesaria, pues si bien nosotros ya habíamos logrado establecer la *Cadena de la Libertad*, con lo cual se lograba que Radio Rebelde se escuchara en toda América, incluyendo a Cuba, estas transmisiones eran sólo nocturnas y dependían de la colaboración que prestaran emisoras amigas de distintos países latinoamericanos. Radio Rebelde transmitía en onda corta, lo que hacía que no se pudiera sintonizar en parte del territorio nacional. Esto era muy inconveniente, pues limitaba el alcance de la radio guerrillera en relación con el destinatario principal de sus mensajes: el pueblo de Cuba. Era indispensable contar con una planta de onda larga no menor de un kilo cuyas audiciones pudieran ser escuchadas en los radios de corriente alterna o de pilas eléctricas, que eran los que tenía entonces la inmensa mayoría de la población. Si esto se lograba, Radio Rebelde quedaba en condiciones de hacer varias transmisiones a lo largo del día.

Esa planta se adquirió en los Estados Unidos y fue necesario desarmarla para poder enviarla en el avión aquel. En definitiva, no llegó a usarse, pues resultó afectada por el temporal de un ciclón.

Todo ese peso y volumen limitaron las posibilidades de hacer llegar al Che suficientes municiones, y esto determinó que él ordenara un nuevo viaje, con carácter urgente, pues era inminente su partida hacia el centro de la Isla.

Suárez: Este es el vuelo del 29 de agosto, en el que va Raúl Chibás a la Sierra Maestra...

Buch: Ciertamente. No sólo va Raúl Chibás, sino que también se da la orden de que vaya José Pellón. Si quieres, hablamos de eso, pero primero déjame terminar la idea de que este viaje tiene por objeto principal abastecer de municiones al Che, para que pueda iniciar la invasión de la Isla.

Esta misión fue coordinada por medio de los cifrados secretos, entre Radio Rebelde e Indio Azul. Fidel impartió la orden, que nosotros transmitimos a los Estados Unidos, de utilizar el aeropuerto rebelde de Cayo Espino, el cual Pedro Luis Díaz Lanz conocía, y que en clave estaba identificado con el número 26. En realidad, Cayo Espino era un caserío de campesinos, no lejos de Manzanillo, que estaba constantemente en disputa entre las tropas de Batista y el Ejército Rebelde. Por el día, el Ejército solía hacer incursiones, ocupándolo, y luego se retiraba, siendo entonces territorio rebelde, donde nuestras avanzadas se abastecían de alimentos y vituallas.

Ese día, nuestras fuerzas ocuparon el caserío y acondicionaron la pista para ser utilizada en horas de la noche, para lo cual se usó una de las plantas eléctricas traídas el 23 de agosto y los bombillos, cables y aditamentos que también habían llegado ese día, de tal manera que cuando el avión hiciera las señales acordadas, que consistían en encender y apagar las luces varias veces, se activaría la planta e iluminaría la pista hasta donde alcanzaran los bombillos, y a partir de ahí con mechones. Alrededor de las ocho y media de la noche, Díaz Lanz realizó las señales convenidas y los rebeldes alumbraron la pista, con lo cual se produjo el aterrizaje de forma casi perfecta. No hubo contratiempos. Los aproximadamente treinta mil proyectiles 30-06 y los fusiles M-1 que se trajo al Che fueron descargados y transportados sin dificultad.

Pero ocurrió que la confianza traicionó a los compañeros. En lugar de levantar vuelo de inmediato, aprovechando la nocturnidad, ellos, confiados en que el Ejército no atacaba de noche, decidieron que el avión se marchara al amanecer. Esto fue fatal, pues ocurrió de que el Ejército detectó el aterrizaje del avión e inició una operación aérea bastante intensa, primero equivocadamente de lugar, pues bombardearon la pista de Cienaguilla, pero después corrigieron el blanco y bombardearon Cayo Espino, donde ocurrió la desgracia de que el padre de Felipe Guerra Matos murió instantáneamente, cuando una de las bombas cayó en la boca misma del refugio donde estaba, en el cual unos minutos antes se hallaban el Che, Faustino Pérez y Pedro Míret, quienes lo habían abandonado porque era muy escaso el oxígeno y corrían el riesgo de morir asfixiados.

Suárez: ¿Es en esta ocasión en la que Faustino realiza la temeraria acción de quemar un avión, lo que relata el Che en sus *Pasajes de la guerra revolucionaria*?

Buch: Sí. Cuando comienza la aviación del Ejército a bombardear indiscriminadamente, los compañeros cortan rápidamente ramas de los árboles y arbustos que había allí y con ellas tratan de camuflar el avión, para evitar que fuera detectado y destruido, pero ocurrió que una de las balas perforó el tanque de combustible, con la pérdida del líquido que eso implica. En tal situación, el avión quedaba inutilizado, imposibilitado de despegar, y entonces es que Faustino Pérez, en un gesto temerario que le era muy característico, resuelve destruir el avión para evitar que pudiera caer en manos del Ejército. Fue hasta el avión, encendió un fósforo y lo tiró hacia el líquido derramado, pero ocurrió de que tanto él como el Che y otros compañeros se vieron envueltos entre las llamas. De casualidad se salvaron, especialmente Faustino.

Suárez: ¿Por qué en este vuelo llegan Raúl Chibás y José Pellón a la Sierra Maestra?

Buch: Primero, el caso de José Pellón. Radio Rebelde, en sus emisiones relacionadas con los problemas que afectaban a la clase obrera, no mantenía una línea temática adecuada con la línea general del Movimiento 26 de Julio. Este asunto estaba en manos de Carlos Franqui, el cual había sido militante del Partido Socialista Popular, pero quien por entonces ya estaba en una clara línea “antipesepeísta” —anti Partido Socialista Popular, comunista—, al que hacía ataques con frecuencia, totalmente impolíticos. Su falta de visión para enfocar los asuntos que afectaban a los trabajadores dentro de la óptica revolucionaria afín a los principios unitarios, que era línea del Movimiento 26 de Julio, debía ser corregida. Era necesario hacer una reestructuración de los enfoques en relación con el movimiento obrero.

El Comité Ejecutivo del Movimiento 26 de Julio en la Sierra Maestra decidió entonces que el compañero José Pellón, un líder obrero de largas luchas en el sector cervecero, con amplio concepto unitario y quien estaba exiliado en Venezuela, fuera a la Sierra Maestra a hacerse cargo de la Sección Obrera de Radio Rebelde. Esta decisión me fue comunicada por medio de los cifrados, con la indicación de que realizara el viaje a la Sierra Maestra en este vuelo del cual hemos hablado. Eso es lo que explica que él sea parte de esa expedición.

Segundo, el caso de Raúl Chibás, quien estaba a cargo de las finanzas del Movimiento 26 de Julio en el exilio. Considerando que era una personalidad política de prestigio, que le venía dado, principalmente, por ser el hermano del adalid político ortodoxo, Eduardo Chibás, y quien era una persona honesta y responsable, se decidió también por el Comité Ejecutivo del Movimiento 26 de Julio en la Sierra Maestra

que fuera en este vuelo. Esto con criterio eminentemente político. Recuerda que Raúl Chibás había firmado en la Sierra Maestra, en el verano de 1957, junto con Fidel y Felipe Pazos, el llamamiento a la unidad de las fuerzas revolucionarias y políticas contrarias a Batista. Tener a Chibás en la Sierra Maestra era, políticamente, muy favorable.

Suárez: ¿En qué vuelo es que llevan ustedes a la Sierra Maestra a los dirigentes de la FEU?

Buch: En el otro vuelo que se hace, el 13 de octubre, que es en realidad el quinto vuelo exitoso que se logra hacer al Primer Frente, y el último desde los Estados Unidos.

Fidel, en su calidad de secretario general del Comité Ejecutivo del Movimiento 26 de Julio, no obstante sus obligaciones y responsabilidades como Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, de dirigir la guerra en seis frentes distintos y lejanos entre sí, la lucha clandestina y atender la organización en el extranjero, se preocupó siempre por fortalecer la Sierra Maestra con representantes de los distintos sectores políticos y profesionales del país, con personalidades de crédito y reputación. Por eso es que convoca a Chibás y a Pellón; por eso en la Sierra Maestra había médicos de prestigio como René Vallejo, Julio Martínez Páez, Juan Páez, Sergio del Valle, Eduardo Bernabé Ordaz, Eduardo Sarría, Manuel *Piti* Fajardo, e incluso quiso llevar a Gustavo Aldereguía, quien tenía una amplia experiencia revolucionaria con Julio Antonio Mella, con Antonio Guiteras, participante en la expedición de Gibara, pero quien se hallaba recién operado de peritonitis y no pudo ir, pese a que estaba en disposición de ello; por eso tiene Fidel en la Sierra Maestra a dirigentes obreros de la talla de *Ñico* López...

Suárez: ¿Cuáles dirigentes estudiantiles fueron en este quinto vuelo?

Buch: Juan Nuiry Sánchez, secretario general de la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana; Omar Fernández Cañizares, Presidente de la Asociación de Alumnos de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana, y José Fontanills Castillo, vicepresidente de la Federación Estudiantil Universitaria de la Universidad de Oriente, quienes estaban en el exilio y en más de una ocasión habían planteado al Movimiento 26 de Julio su intención de incorporarse a la Sierra Maestra. Fidel estaba de acuerdo, pero no era sencillo lograr dicho traslado, pues los vuelos al lugar eran en aviones pequeños, en condiciones altamente peligrosas y cada persona que viajara ocupaba espacio y disminuía el tonelaje que se podía dedicar a la carga de armamentos.

Eso te puede dar la medida en que Fidel valoraba políticamente como muy trascendente el que determinados compañeros, representantes de distintos sectores de la sociedad cubana, fueran trasladados a la Sierra Maestra. Él lo antepone al recibo de armas y municiones, que eran vitales para el despliegue de la guerra. Por el peso de las personas que se transportó a la Sierra Maestra a lo largo de la guerra, se dejó de recibir decenas de fusiles, millares de proyectiles y otros materiales de guerra.

Suárez: ¿No es arriesgado decir eso así?

Buch: Te explico. A la Sierra Maestra se llevó a cabo, con éxito, seis expediciones aéreas: las que te he relatado y la que hicimos desde Caracas, de la que hablaremos mas adelante. Descontando el primer vuelo, el que vino de Costa Rica en marzo, en cinco vuelos viajaron en calidad de pasajeros catorce personas. Saca la cuenta. Si haces un cálculo bien conservador y pones que cada uno de los que viajamos pesara como promedio ciento cincuenta libras, que es bien poco, eso te daría dos mil cien libras, o sea, una tonelada menos de armamentos que se dejó de recibir para permitir que viajaran determinados compañeros, en función de una estrategia política.

Suárez: ¿Tuvo alguna particularidad esta quinta expedición, además de ser la última que vino desde los Estados Unidos?

Buch: A partir de la experiencia que se había acumulado en las operaciones anteriores, para prevenir que la misión fuera, detectada por el FBI, se tomó medidas de precaución adicionales a las que en otras oportunidades se había adoptado.

Si se volvía a pedir una hoja de ruta de vuelo Miami-Kingston, como se había realizado en ocasiones anteriores, posiblemente se levantaría sospechas, por lo cual el avión, que era un *Douglas* de dos motores, del que no conservo las demás especificaciones, fue despachado en Canadá con destino al aeropuerto de Maiquetía, en Caracas.

En la organización de este viaje, también por medidas de seguridad, se varió la acción de los dos anteriores, de alquilar habitaciones en un motel cercano al aeropuerto de partida y en las que se depositaba el material bélico que se transportaría. En esta oportunidad, Teobaldo Rosell, hijo del propietario del antiguo central Sofia, en la zona de Bayamo, alquiló una mansión veraniega en la playa de Fort Lauderdale, en La Florida. Las referencias bancarias lo acreditaban como un hombre acaudalado, lo que eliminaba cualquier tipo de sospecha sobre su

persona, ya que se trataba de un millonario que pasaba sus vacaciones con varios amigos. Para reforzar las apariencias, se estacionaba frente a la mansión dos autos lujosos.

Todos los días Rosell, junto con Juan Nuiry, Omar Fernández y José Fontanills, iban a la playa a hacer ejercicios gimnásticos y de natación, que servían para que estos compañeros se entrenaran para la experiencia guerrillera que les esperaba. A la mansión, a discreción, se trasladó las armas y las municiones.

La salida se coordinó para las cinco de la tarde en un aeropuerto abandonado en Fort Lauderdale, hora en la que obreros y empleados retornaban a sus casas y eso hacía que fuera mayor la circulación de vehículos, lo que en el caso de que se produjera una delación, dificultaría la acción de la Policía.

Por medio de los cifrados, se había coordinado el día y la hora de salida y el lugar de aterrizaje, que iba a ser un punto cercano a Cienaguilla, conocido por Gallón, cuya pista se codificaba con el número 62. Los compañeros de La Florida, por medio de nosotros en Caracas, habían conciliado la hora de llegada con la Sierra Maestra, con el fin de llegar en horas del anochecer, teniendo en cuenta de que en octubre comienza a oscurecer más temprano, pero resultó de que el enemigo acampó en un lugar cercano a la pista y no daba señales de abandonar el sitio, haciendo exploraciones por la zona.

Todos los días, según teníamos acordado, a las siete de la mañana, Radio Rebelde e Indio Azul, en Caracas, establecían comunicación para copiar los cables de las agencias recibidos en el periódico *El Nacional* y en Radio Continente, los que se enviaban a Fidel. Pues ese día, apenas se establece la comunicación, se recibe un mensaje urgente, cifrado para mí, comunicando que se suspendiera el vuelo de esa noche, porque la pista de aterrizaje estaba virtualmente ocupada por el enemigo.

De inmediato, establecí comunicación por teléfono con Haydée Santamaría, quien estaba en Miami, y le comuniqué, en cifrado, las instrucciones que acababa de recibir de la Sierra Maestra para proceder a suspender el vuelo. Haydée cumplió con las instrucciones, me llamó por teléfono y me comunicó, en otro cifrado, que el vuelo había quedado suspendido hasta recibir nuevas instrucciones.

Ese día, los contactos radiales entre la Sierra Maestra e Indio Azul se realizaron cada hora. En la llamada de las once de la mañana fue que

se pudo informar a la Sierra Maestra de que el vuelo había quedado sin efecto. Cuando el Ejército evacuó el lugar y el territorio quedó bajo control rebelde, por vía cifrada se recibió nuevas instrucciones para realizar la acción. En esta oportunidad, me comuniqué con Ricardo Loríe, para que los compañeros de Miami procedieran.

Suárez: ¿El 13 de octubre?

Buch: El 13 de octubre. Ese día, el avión partió de Canadá, pilotado por un aviador norteamericano, quien se quedó en Miami, y fue sustituido por Pedro Luis Díaz Lanz. Todo el tiempo sirvió de copiloto Frank Fiorini, quien mantenía relaciones directas con los traficantes de armas amparados por el FBI, por lo que las armas que adquiríamos con su intervención nunca tenían contratiempos.

Suárez: ¿Y las que no?

Buch: En cambio, las operaciones en las que él no intervenía eran perseguidas y, en su mayoría, las armas adquiridas eran ocupadas. Esa es la razón por la cual con él se mantenía las relaciones de compra. Realmente, era un *gángster*, y compartía con la Policía los beneficios del contrabando de armas.

Suárez: ¿Hubo contratiempos ese día?

Buch: Ninguno. Todo se efectuó como estaba previsto. El avión llegó sin contratiempos, descargó el armamento, llenó los tanques de combustible y despegó con rumbo a Venezuela, a donde llegó sin dificultades, después de cumplir la misión en la Sierra Maestra.

Suárez: Dos preguntas. Primera, el reabastecimiento de combustible, ¿cómo lo hacían?, ¿tenían combustible para avión en la Sierra Maestra? Segunda, ¿qué armamento trajeron en esta ocasión?

Buch: En la Sierra Maestra no había combustible para avión, sino que en el interior del avión se traía el combustible en recipientes. Cuando el avión aterrizaba, rápidamente se tomaba aquellos recipientes y se echaba el combustible a través de una gamuza, para evitar que pasara a los motores partículas extrañas o gotas de agua, que podrían provocar fallos con consecuencias catastróficas. Pero no era que hubiese combustible en la Sierra Maestra. Eso era impensable.

De lo otro que me preguntas: en este vuelo se llevó ochenta mil proyectiles 30-06, varias decenas de fusiles, y magnetos para hacer explotar minas.

Suárez: ¿Ya ustedes tenían avanzadas las conversaciones con los venezolanos para llevar un cargamento de armas?

Buch: Sí, pero eso no se produce hasta principios de diciembre; primero, hay varios incidentes y varios fracasos.

Suárez: ¿Cuándo es que se produce el incidente en que lo acusan a usted de ser perezjimenista?

Buch: Después de este vuelo del 13 de octubre. La fecha inicial de ese viaje, como te dije, tuvo que ser suspendida, por lo que te contaba de la presencia del Ejército en las cercanías de Cienaguilla. Eso obligó a que me comunicara de forma urgente con Haydée Santamaría y con Ricardo Lorié por vía telefónica, claro que usando cifrados. Lo que ignoraba era que los teléfonos estaban intervenidos y que los mensajes habían sido copiados.

Cuando se produce por fin la acción, que llega el avión a Caracas pilotado por Pedro Luis Díaz Lanz, me comunico con Lorié por teléfono, utilizando otra vez mensajes cifrados, para pedirle que Díaz Lanz se quedara en Caracas, dada su experiencia en este tipo de misión, de modo que pilotara el avión que se había comprado para transportar a la Sierra Maestra los armamentos que donaría Wolfgang Larrazábal por medio de Fabricio Ojeda.

En esos momentos, Lorié estaba comprometido ya con un embarque de armas desde México, por lo cual él insistió en realizar este envío antes que el de Caracas. Yo creía que no tenía razón e insistí. Nos cursamos varios mensajes cifrados, pero sin llegar a ponernos de acuerdo. En vista de esta discrepancia, tomé la decisión de viajar a Miami a entrevistarme con él para hacerle comprender la premura que teníamos de realizar la operación de Venezuela, que sería con equipos muy superiores, en número y potencia, a los que se iba a enviar desde México. En realidad, sería el mayor cargamento de armas que llegaría a la Sierra Maestra.

Me fui a Miami, y estando allá recibí una llamada de Conchita, mi esposa, para decirme que los periódicos de Caracas estaban denunciando una conjura de los elementos afines al exdictador Marcos Pérez Jiménez contra el gobierno patriótico, y que me involucraban en el plan. Me dijo que la prensa había publicado uno de los cifrados recibidos desde Miami, de los que me había enviado Ricardo Lorié, y que en la denuncia pública se había dado hasta nuestro número de teléfono, por lo que estaban realizando llamadas insultantes y amenazado-

ras, y que ya ella lo había informado a los compañeros de la Sección Venezuela del Movimiento 26 de Julio, los que estaban preocupados por la posibilidad de verse implicados en el asunto. Me dijo que había sacado a Luisito, nuestro hijo, de la casa para evitar que sufriese algún tipo de agresión en el caso de que esta fuera asaltada, que había llamado a *Bill* Patterson y que este había pasado por Luisito y lo había llevado para su casa, con la esposa y los hijos, ya que los compañeros de la Sección Venezuela no respondían.

Conchita me dijo que no iba a abandonar la casa y que afrontaría la situación, conjuntamente con tres compañeros del Movimiento 26 de Julio, quienes estaban armados, dispuestos a repeler cualquier agresión. Estuve conforme con la decisión que ella había tomado y le dije que saldría de inmediato, en el primer avión que partiera para Caracas, pues si no enfrentaba rápida y resueltamente la situación, la posición del Movimiento 26 de Julio iba a quedar en entredicho en relación con los golpistas.

Dada la gravedad del asunto, le pedí que se comunicara de inmediato con Fabricio Ojeda y le dijera que yo iba a regresar de inmediato para enfrentar la patraña de involucrarnos con planes golpistas contra el Gobierno. Fabricio se entrevistó con el Presidente, Wolfgang Larrazábal, y en común analizaron la conjura que estaban fraguando los grupos contrarrevolucionarios para desacreditar a la Revolución Cubana, acusándola de estar en componendas con los elementos perezjimenistas.

Imagínate que los titulares de los periódicos de Caracas, salvo *El Nacional*, que no se prestó a la jugada contra nosotros, eran a toda primera página. Cosas como estas:

***El Mundo*: Descubre la policía clave sobre monstruoso plan terrorista.**

***Últimas Noticias*: Misterioso mensaje telefónico de Miami a Caracas fue grabado. En clave se dan instrucciones para intentona golpista.**

***La Esfera*: Buch, agente perezjimenista.**

Esos eran los titulares de casi todos los periódicos, y reproducían el texto completo de uno de los mensajes que Ricardo Lorié me había cursado. Daban mi nombre, mi número de teléfono y todo lo demás.

Tan pronto como conseguí pasaje en un avión de la Línea Aeropostal Venezolana, partí para Caracas. El avión llegó en hora a Maiquetía.

Busqué alguna cara conocida y, para mi sorpresa, no la encontré, pese a que yo había llamado a Conchita para anunciarle mi llegada. Cuando me dirigí al salón de entrega de equipajes, se me acercó un militar, quien por sus entorchados denotaba ser uno de los edecanes del Presidente; me preguntó si yo era Luis Buch y, al confirmárselo, me dijo que tenía órdenes del Presidente Larrazábal de atenderme personalmente.

Estando en el mostrador de entrega de equipajes, los funcionarios de aduana revisaban los de los demás pasajeros, pero hacían caso omiso a mi llamada. Ante esta actitud, el oficial me preguntó cuál era mi equipaje, y al señalárselo, no lo pidió, sino que saltó sobre el mostrador donde lo revisaban, cogió la maleta y, ante el asombro de los funcionarios, saltó de nuevo el mostrador, y me dijo:

— *Vamos, doctor, acompáñeme.*

Salimos del aeropuerto, sin contratiempos. En su propio auto, me llevó a la casa, aunque declinó pasar al interior. Nos despedimos, y yo aproveché para reconocerle su ayuda y enviar agradecimientos al Presidente por su actitud.

Suárez: ¿No ocurrió nada más?

Buch: Esa noche, Conchita y yo sacamos dos sillones al portal y con las luces encendidas nos pusimos a conversar y a leer los periódicos. Los tres compañeros que estaban armados cuidando la casa, no se dejaron ver, pero estaban alertas. A la medianoche, nos retiramos al interior de la casa y mantuvimos toda la madrugada, hasta el amanecer, la vigilancia a través de las persianas. Pero no pasó nada.

Días después, Fabricio Ojeda nos informó de que el Presidente Larrazábal había dispuesto una amplia investigación y que esta mostró que los elementos golpistas tenían relaciones con funcionarios del Ministerio de Comunicaciones, quienes les permitieron los escuchas. Pero no pasó nada más.

Suárez: Un poco antes, usted se refería a que, con anterioridad a que se produzca la expedición de Venezuela, habían tenido que vencer ciertos fracasos en este asunto relacionado con el abastecimiento de armas a la Sierra Maestra. ¿A cuáles fracasos hacía alusión?

Buch: A las expediciones aéreas que se preparaba desde Jamaica y desde México. ¿De cuál prefieres hablar primero?

Suárez: De la de Jamaica.

Buch: En Jamaica, gracias a la intervención tanto de ciudadanos de aquel país, que entonces era colonia británica, como de los compañeros del Comité del Movimiento 26 de Julio en Kingston, se había logrado hacer contacto con un coronel en retiro de la Armada de Gran Bretaña, quien estaba dispuesto a vendernos un lote de armas y municiones que había sustraído entre el equipo militar dado de baja en la Armada Británica. El hombre se las había ingeniado para no cumplir la normativa de lanzar aquellas armas al mar, y las tenía a la disposición, escondidas.

Suárez: ¿De qué armamento estamos hablando?

Buch: En total, cien fusiles, diez ametralladoras calibre 30, tres bazucas y ochenta mil proyectiles. Por todo aquello el Movimiento 26 de Julio debía pagar treinta y ocho mil dólares, además de una comisión del 10 % para el individuo que había servido de intermediario.

Dinero de por medio, lo cierto era que el coronel aquel estaba plenamente en la disposición de arreglar la venta. Nosotros, por nuestra parte, procedimos a preparar las condiciones y planificar la acción de traslado a la Sierra Maestra, lo que íbamos a llevar a cabo utilizando un avión nuestro que aterrizaría en un aeropuerto abandonado que estaba como a cincuenta kilómetros de la capital, y que reunía todas las condiciones de seguridad, por la ausencia de edificaciones y de vecinos en la inmediatez. Utilizando los cifrados secretos, se haría la coordinación para que el armamento fuera conducido hasta aquel aeropuerto, apenas llegara nuestro avión al aeropuerto internacional de Kingston.

Pero ocurrió que, el día en que ya se iba a cerrar el asunto con el exmilitar británico y ya con el dinero en el bolsillo, el hombre que había servido de intermediario no concurrió y la reunión no tuvo lugar. Al siguiente día, comunicó que el coronel británico había desistido de efectuar la operación porque había recibido también una petición de venta de armamento por parte de otra persona, y que esto implicaba un riesgo muy alto. Por esa razón, fracasa la venta, y por ende, el abastecimiento de armas a la Sierra Maestra desde Jamaica, justamente cuando todo marchaba bien.

Suárez: Cuándo usted hace mención a esa “otra persona”, ¿qué me está tratando de decir?

Buch: Que otra organización de oposición conoció de que este exmilitar británico estaba en negociaciones con nosotros para vendernos arma-

mento y que decidió aprovecharse del hombre, con iguales propósitos, y lo único que se logró fue amedrentarlo y fastidiarnos la negociación.

Suárez: ¿De qué organización estamos hablando?

Buch: De la Organización Auténtica, de Carlos Prío Socarrás. Cuando ellos conocieron de estas negociaciones nuestras en Jamaica, mandaron a Kingston a Luis Casero Guillén a contactar con aquel exmilitar para obtener también armamento, y como consecuencia de ello, es que fracasa la negociación nuestra.

Suárez: ¿Y qué ocurrió en el caso de la expedición de México?

Buch: En México, los compañeros del Movimiento 26 de Julio, Gustavo Arcos Bergnes, Enio Leyva y otros, habían logrado acopiar armamento para enviar a la Sierra Maestra. El asunto estaba bien avanzado, pero la operación involucraba a gentes no confiables, sobre quienes distintos compañeros teníamos reservas.

Ellos convinieron con Ricardo Lorié, encargado del abastecimiento de armas a la guerrilla, y con Pedro Luis Díaz Lanz, quien era el más activo de los pilotos, en realizar la acción. Eso ocurre en fecha, justamente cuando ya en Venezuela teníamos virtualmente listo, a punto, el mayor cargamento de armas jamás conseguido por el Movimiento 26 de Julio en el exilio, el que contaba con la mayor seguridad, también por ser el resultado de una entrega dispuesta personalmente por el Presidente de Venezuela. Pues bien, al coincidir en momento ambas acciones en curso, se crea una situación bien tirante y peligrosa, pues nosotros solicitamos a Ricardo Lorié el que nos facilitara a Díaz Lanz para trasladar aquellas armas desde Venezuela, acción en la cual iría a la Sierra Maestra el Presidente, doctor Manuel Urrutia, para constituir el Gobierno Revolucionario en Armas. Ricardo Lorié y Díaz Lanz contestan que no puede ser, que primero tienen que llevar a cabo la acción de México, y que después de que realicen esta, entonces iría la de Venezuela.

Suárez: ¿Qué avión iban a utilizar en esta oportunidad?

Buch: Ellos habían adquirido ya, mediante el adelanto de un pago de setenta y cinco mil dólares, un avión *Bimaster Executive* en California. En esta oportunidad, no se iba a usar un avión de los ya utilizados por el Movimiento 26 de Julio en operaciones anteriores, sino uno nuevo, aunque en Venezuela se había adquirido un C-46 de carga.

Suárez: ¿Y qué ocurrió?

Buch: Déjame adelantarte que lo que les ocurrió fue advertido por Luis Orlando Rodríguez y por mí a los compañeros de México. Pero no nos hicieron caso. En Venezuela, habíamos alertado a Ricardo Lorié, pero tampoco hizo caso, y marginó esta acción por aquella otra.

Suárez: ¿Cómo es esto? ¿Cómo sabían ustedes que la acción de México iba a fracasar?

Buch: Luis Orlando había bajado de la Sierra Maestra, con indicaciones precisas de Fidel de gestionar un cargamento de armas desde Panamá o Colombia, para lo cual él le había dado la cantidad de veinte mil dólares. Luis Orlando logró salir de Cuba con innumerables trabajos, y cuando vio que su gestión no rendiría frutos, pasó por México camino de Caracas. En México tiene noticias de la acción que se estaba organizando, y también de que algunas de las personas involucradas no son confiables. Habla con los compañeros de México y les expresa su preocupación de que la acción aborte por esto, pero no le hacen caso y siguen adelante. Cuando llega a Caracas, me hace partícipe de su preocupación, y le paso un cifrado a Gustavo Arcos, alertándolo, pero tampoco me hacen caso; continúan en sus gestiones, y fracasan. Son detenidos los compañeros en el estado de Morelia, y queda abortada la acción como consecuencia de una delación.

Suárez: ¿Tiene usted elementos para sostener que fue fruto de una delación?

Buch: No tengo la menor duda de que la acción había sido informada con lujo de detalles por persona o personas que participaban en ella. Fíjate que la Policía mexicana, actuó con una sincronización impresionante, golpeando en todas partes donde estaban los elementos de la conspiración. Los tres pilotos fueron detenidos el mismo día en que llegaron a Morelia, al atardecer, y ocupado el avión. Poco después, en un punto próximo al sitio donde aterrizó el avión, en un hotel, fueron detenidos los compañeros que tenían por misión recepcionar el armamento y cargar el avión, los que no habían tenido contacto alguno con los aviadores; y a sesenta millas del lugar, la Policía detuvo a Enio Leyva quien iba en el camión cargado de armamento, pudiendo escapar unos compañeros que iban en un auto. ¿Qué duda podíamos tener?

Suárez: ¿Qué hicieron ustedes?

Buch: Imagínate. Salir de inmediato, apenas nos otorgaron el visado, para México. Fui con Luis Orlando Rodríguez, pues él tenía amplio dominio de lo planeado y sabía cómo encontrarse con los compañeros del Movimiento 26 de Julio.

Suárez: ¿Qué tiempo medió entre la detención de los complotados y el momento en que ustedes llegan a México?

Buch: Como cinco días, porque hubo que esperar para que nos dieran el visado. Cuando llegamos a México, nos encontramos con que aún Ricardo Lorié no había aparecido y que los compañeros detenidos no habían sido contactados. Conversamos con Baudilio Castellanos y decidimos de que, antes de realizar cualquier gestión, lo principal era entrevistarnos con los compañeros para saber de primera mano qué había ocurrido. Pero esto fue bien complicado, pues ellos estaban detenidos en el cuartel del Ejército en Morelia, como a quinientos kilómetros de Ciudad México.

Recuerdo que a la mañana siguiente de nuestra llegada a Ciudad México —creo que era un domingo—, los tres nos fuimos al aeropuerto de la ciudad para tomar el primer vuelo a Morelia. Pero cuál no fue nuestra decepción, cuando nos informaron que esta última ciudad no tenía línea aérea de pasajeros, por lo cual debíamos volar al punto más cercano, y desde allí ir por carretera. Por fortuna, un empleado del aeropuerto nos dijo que había avionetas dedicadas a realizar viajes particulares.

Estuvimos esperando un buen rato, hasta que por fin logramos concertar con un aviador, quien tenía una avioneta de dos plazas. Recordó que pactamos hacer el viaje por ciento cincuenta dólares.

Al principio nos dijo que sólo podría llevar dos pasajeros, pues la capacidad de carga era de unas seiscientas sesenta libras y que nosotros, él y el combustible rebasábamos ese peso ampliamente. Le dimos cincuenta dólares más y el asunto quedó resuelto. Como sólo había asientos para dos personas, Baudilio Castellanos, el más joven de los tres, tuvo que colocarse lo mejor que pudo en la cola de la avioneta, con la precaución de no tocar ninguno de los cables de control, porque esto podía ocasionar un accidente. No te imaginas el viaje, que duró como tres horas. Aquel piloto estaba loco de remate, hacía unas piruetas en el aire que nos ponía los pelos de punta.

Por suerte, el hombre conocía la zona y el lugar exacto donde estaba el cuartel, y sabía controlar aquel aparato, pues tuvimos que aterrizar en un solar cubierto por maleza en las cercanías del cuartel. El problema fue sacar a *Bilito* Castellanos de la cola de la avioneta, pues había permanecido las tres horas de vuelo totalmente inmovilizado, y cuando llegó el momento de descender, no podía moverse. Pasamos un trabajo tremendo para poder sacarlo de allí y hacer que caminara.

Fuimos al cuartel, y no hubo problemas para poder entrevistarnos con los compañeros, juntos y por separado. Allí fue donde obtuvimos una idea completa de lo que había pasado. Al anochecer, regresamos a Ciudad México. Entonces fue que nos enteramos de que Ricardo Lorié estaba por Mérida, a donde había viajado en gestiones de reabastecimiento para el avión. Cuando llegó, discutimos con él todo lo que habíamos investigado y las reservas que teníamos en relación con unos compañeros, de los cuales tanto Luis Orlando Rodríguez como yo desconfiábamos.

Suárez: ¿Quiénes?

Buch: Orlando Cárdenas y *Manolo* Machado. Nosotros le pedimos una investigación del caso a Lorié, pero él se negó.

Suárez: ¿Qué les dijo Lorié?

Buch: Que nuestras sospechas hacia aquellos compañeros no eran correctas, que eran infundadas, y que él iba, incluso, a pedirles su colaboración para solucionar el caso.

Suárez: ¿Qué los llevaba a ustedes a sospechar de Cárdenas y de Machado?

Buch: Cárdenas se había portado de manera bien irregular cuando la expedición del *Granma* y Machado tenía un hermano trabajando en la Embajada cubana en Ciudad México.

Cuando regresamos a Venezuela, porque teníamos que culminar las gestiones encaminadas a llevar el cargamento de armas entregado por Wolfgang Larrazábal, con la intervención de Cárdenas y Machado, según nos informó Ricardo Lorié, se logró que Pedro Luis Díaz Lanz, Frank Fiorini y el otro piloto y los compañeros que fueron detenidos cerca de la pista que se iba a utilizar, fueran puestos en libertad y que devolvieran a Díaz Lanz el avión ocupado. Pero yo siempre creí que fue una jugada para limpiarse de sospechas. Es la verdad de lo que pensé entonces y pienso hoy. Ricardo Lorié tendría sus razones para no sospechar de ellos, mejor, para confiar en ellos, pero Luis Orlando y yo, no. Eso se lo expresé a Fidel en un informe que hice, poco después de llegar a Caracas, en vísperas de partir para la Sierra Maestra.

Suárez: Percibo que usted tiene sus reservas en relación con Ricardo Lorié, ¿me equivoco?

Buch: No, no te equivocas. Ricardo Lorié era un aprovechado...

Suárez: ¿Por qué?

Buch: Tanto Lorié como Díaz Lanz vivían como millonarios, con automóviles de lujo, según ellos, para despistar a la Policía y de este modo fabricar una fachada y poder adquirir aviones y armas y llevarlas a Cuba.

Suárez: Tengo entendido de que en septiembre, después de las expediciones que llevaron material bélico y de otro tipo para abastecer a la columna del Che, Lorié hizo un vuelo a la Sierra Maestra, ocasión en la que lanzó el material, sin que este pudiese ser encontrado.

Buch: Por la cuenta que llevábamos, ese debió ser el quinto vuelo de abastecimiento a la Sierra Maestra, pero terminó siendo un vuelo fantasma, porque se dijo por Lorié de que se había efectuado, pero los rebeldes no recibieron ningún tipo de pertrechos. De este vuelo los guerrilleros no tuvieron constancia.

Muy probablemente, en la mente calenturienta del aprovechado Ricardo Lorié, se ocurriera simular, en provecho propio, transportar un cargamento de armas a la Sierra Maestra.

Suárez: ¿Lo explica?

Buch: El 8 de septiembre, desde Caracas, utilizando el sistema de cifrados, Lorié le comunicó a Fidel de que se preparara condiciones para recibir un cargamento de armas. Como el avión que había realizado el cuarto vuelo hubo de ser destruido y Díaz Lanz había tenido que quedarse transitoriamente en la Sierra Maestra, fue el propio Díaz Lanz quien desde la Sierra Maestra le contestó, proponiendo que el avión llegara en horas de la noche, partiendo con él al amanecer del siguiente día. Haría escala en el aeropuerto abandonado de Miami, que había sido utilizado en ocasiones anteriores, donde se quedaría Díaz Lanz, y el avión continuaría viaje rumbo al aeropuerto oficial de Miami, únicamente con el piloto.

Pero Lorié no anunció ni el día ni la hora aproximada de la salida del vuelo rumbo a la Sierra Maestra, como estaba convenido y era obligatorio hacer. Era extraño este comportamiento de no utilizar las claves secretas para hacer todas las coordinaciones necesarias. Eso hizo de que durante varios días los rebeldes se mantuvieran alerta en las distintas pistas del Primer Frente, esperando la llegada del vuelo.

El 12 de septiembre, Ricardo Lorié, en un avión *Beechcraft*, pilotado por Antonio Sanson, partió de Miami hacia la Sierra Maestra. Posteriormente, le informó al Comité del Exilio que había sobrevolado el territorio rebelde sin haber podido localizar las pistas de aterrizaje,

por lo que no había tenido más remedio que lanzar desde el aire una maleta con documentos y varios bultos con armas y parque, y por clave, por medio de Indio Azul, le informó a Fidel lo mismo.

Suárez: ¿Qué le dijo Fidel?

Buch: Estaba yo revisando los mensajes cursados en esos días y descubro, curiosamente, de que en el mensaje, Fidel le hace ver a Ricardo Lorié su extrañeza ante lo ocurrido y de que él se había quedado esperando, después del mensaje del día 8 de septiembre, anunciando el vuelo, un nuevo mensaje identificando el lugar de aterrizaje.

Suárez: ¿Estaba sospechando Fidel de Lorié?

Buch: Es posible, pero no tengo certeza porque en ese mismo mensaje le informa que Luis Orlando Rodríguez estaba en camino con veinte mil dólares para que él los utilizara en las misiones de abastecimiento a la Sierra Maestra. Pero lo que sí es claro es que Fidel hace constar en el mensaje de que está extrañado con lo que ocurrió, porque él sabía que nadie en territorio rebelde había avistado en esos días ningún avión que no fuera del Ejército, y mucho menos el lanzamiento de bultos sobre la Sierra Maestra. Fidel ordenó buscar afanosamente, a campesinos expertos y a combatientes, palmo a palmo, pero el esfuerzo fue inútil.

Hasta el día de hoy, que yo sepa, no se ha hallado vestigios, indicios o huellas de la maleta verde con los documentos y los veintitrés bultos con un cañón antitanque, diecisiete rifles, la ametralladora calibre 50 y los miles de proyectiles 30-06 que dijo Lorié que había lanzado sobre la Sierra Maestra, y el Ejército de Batista no tenía en sus archivos ningún documento que revelara el hallazgo de tal material. ¿Dónde está lo que Lorié dijo haber lanzado sobre la Sierra Maestra? Puedes estar seguro de que si algo se hubiese dejado caer allí, y más con esas características, ese algo hubiese sido hallado, pero no lo fue.

Suárez: ¿Y ustedes en el Comité en el Exilio no sospecharon en ese momento?

Buch: Sinceramente, no. Las dudas nos surgieron posteriormente, con el tiempo. En aquel momento, creíamos en la completa honestidad de Lorié.

Suárez: ¿Y cuáles son los elementos que hacen nacer las dudas?

Buch: ¿Por qué usa las claves para informar que se va a producir el vuelo y no para establecer la fecha, hora y el lugar de arribo? ¿Por qué

no recurre a las claves para esto y, sin embargo, luego las usa para informarle a Fidel de que ha tenido que lanzar la carga sobre la Sierra Maestra?

Pero hay más. ¿Cómo es posible que hubiese tirado sin paracaídas los equipos sobre la Sierra?, los que al chocar con la tierra o las piedras se convertirían en chatarra. Si el lanzamiento hubiese sido cierto, ¿por qué la irresponsabilidad de tirar a ciegas documentos confidenciales que podían caer en manos del enemigo?

Lorié también nos dijo que el combustible que marcaba el reloj del tanque no alcanzaba para regresar a Miami, por lo que había tomado la decisión de volar rumbo a la base naval de Guantánamo; que pidieron autorización de aterrizaje y que se la habían concedido; que en la base naval ellos explicaron que habían perdido el rumbo y, estando a punto de agotar el combustible, no habían tenido otro remedio que pedir auxilio, y que los funcionarios norteamericanos entendieron, los trataron bien, les dieron combustible y ellos siguieron hacia Miami. Frente a esto cabe preguntarse: ¿y por qué no usaron uno de los varios aeropuertos que Raúl Castro tenía listos en el Segundo Frente y que se habían utilizado en varias oportunidades para misiones de abastecimiento, los cuales estaban a la misma distancia que la base naval, virtualmente?

Esto de la base naval tenía cierta credibilidad, porque *Bill Patterson* me comunicó que Lorié había recibido una atención esmerada de las autoridades del lugar apenas se había identificado. Por la forma en que me lo comunicó, no quedaba duda de que tenían la intención de que tuviéramos que agradecer aquella conducta. No les cobraron el importe de la gasolina. Los yanquis aprovechaban cualquier oportunidad para demostrar, hipócritamente, sus “simpatías” y supuesta ayuda al Movimiento 26 de Julio, con la premeditada intención de que en el futuro hubiese que agradecerlo, de pasar la factura política.

El Comité del Exilio no abrió ninguna investigación. No obstante, a Lorié se le criticó duramente por la forma irresponsable con que actuó. Pero en esa oportunidad no se puso en tela de juicio su seriedad y el asunto quedó sin mayores consecuencias. Se vivía momentos de gran intensidad: la contraofensiva rebelde en Oriente, la invasión de la Isla por las columnas del Che y Camilo Cienfuegos, las negociaciones con el Gobierno de Venezuela para obtener un cargamento importante de armas...

Ahora, con el transcurso del tiempo, al analizar fríamente tan infortunado viaje, la rápida huida al extranjero que Ricardo Lorié protagoni-

zó, ya triunfada la Revolución, nos hizo meditar en que algo oscuro había tenido ese viaje fantasmal.

Suárez: Hay algo que no encaja. Usted me dijo, cuando hablamos de lo relacionado con la reunión en Mompié, que Fidel le había dicho, al momento de usted marcharse, que si era preciso, lanzaran las armas sobre el Pico Turquino, que “bombardearan” el Pico Turquino, que los guerrilleros encontrarían las armas. Pero esto presupone la misma situación de que el armamento sufriera grandes daños a causa del impacto, que es la irresponsabilidad que usted le señala a Ricardo Lorié.

Buch: Cuando yo voy a partir de la Sierra Maestra, ciertamente Fidel me dice que en el improbable caso de que los rebeldes tengan que retirarse, los armamentos sean lanzados sobre el Pico Turquino, pero, lógicamente, esto requeriría del uso de paracaídas. Por supuesto, no se trataba de tirar las armas contra las montañas desde un avión, porque el impacto las destruiría.

Suárez: ¿Ustedes llegaron a prever esta posibilidad, de que se tuviese que lanzar armas en paracaídas?

Buch: Sí. Cuando yo llego a Venezuela, que me reúno con los compañeros del Movimiento 26 de Julio allí, les planteo lo que Fidel me ha dicho en Mompié. Entonces, nos aprovechamos de las magníficas relaciones que Francisco Pividal tenía con militares de alta graduación, quienes habían sido sus alumnos en la Escuela Superior de Aviación. A él se le encargó las gestiones. Muy pronto, hubo una respuesta positiva, en el sentido de que él y otro compañero recibieran instrucciones para el manejo y el uso de equipos de paracaídas.

Suárez: ¿Dónde se produciría el entrenamiento?

Buch: En el cuartel de Sucre, en Maracaibo.

Suárez: ¿Quiénes lo recibieron?

Buch: Francisco Pividal y yo. La primera visita la hicimos vestidos de civil. El oficial que nos atendió nos llevó a la nave, donde en largas mesas de madera, preparaban los paracaídas. Nos dio una breve explicación y quedamos en comenzar al día siguiente. Nos entregó dos uniformes, para evitar sospechas, así como folletos y libros para que nos preparáramos para las clases que se nos impartiría.

Las clases duraban casi todo el día, con lo cual en poco tiempo llegamos a aprender la técnica de preparar los paracaídas, la forma de colocar los arreos para sujetar la carga y los detalles finales para el lanzamien-

to al espacio. Cada unidad tenía señalado el peso máximo a soportar, para que el envío llegara a tierra en condiciones óptimas.

Suárez: ¿Consiguieron los paracaídas?

Buch: Sí.

Suárez: ¿Con el Ejército de Venezuela?

Buch: No. En Miami. Se compraron en unos almacenes de materiales sobrantes de guerra. Eran de distintos tamaños y por carga aérea se despacharon a Venezuela.

Suárez: Pero ustedes no llegaron a utilizarlos.

Buch: No. Esos paracaídas se quedaron en Venezuela hasta el triunfo de la Revolución, cuando fueron traídos a Cuba y entregados a la Fuerza Aérea Rebelde.

Suárez: Bueno, nos queda el asunto, por fin, del alijo de armas que entregó el Gobierno de Venezuela, que es por lo que usted comienza a visitar Caracas a partir de enero de 1958, y que me parece que es la razón fundamental por la cual usted se radica allí y no en los Estados Unidos. ¿Por qué demoró tanto la entrega del armamento prometido por el Gobierno de Venezuela?

Buch: Ciertamente, esta operación de Venezuela se demoró bastante. Entre finales de enero y principios de diciembre del propio 1958, transcurrió el proceso de conocimiento de la disposición de las autoridades venezolanas a entregar las armas, los contactos, las negociaciones y la propia entrega, finalmente. Yo dividiría esto en dos períodos. El primero va desde el mes de enero, cuando a raíz de la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, las nuevas autoridades venezolanas hacen conocer a los compañeros emigrados en Caracas su voluntad de ayudar a la Revolución Cubana, hasta el mes de junio, aproximadamente, en que René Estévez, en nombre del Presidente, Wolfgang Larrazábal, le confirma directamente a Fidel, por vía radial, de que el Gobierno de Venezuela contribuiría con armamento a la causa de la Revolución Cubana. El segundo período va desde esta conversación hasta diciembre, cuando se materializa y efectúa la donación de las armas y su traslado a la Sierra Maestra.

Suárez: Hablemos de las incidencias de lo que usted llama el primer período.

Buch: De este ya te he ido hablando en otras oportunidades. Los primeros tanteos los realizan emigrados cubanos simpatizantes de la Revolución,

en Caracas, quienes son los que se lo comunican a Marcelo Fernández Font, coordinador nacional del Movimiento 26 de Julio en La Habana, y este lo traslada a Faustino Pérez. Estos emigrados también realizan la primera contribución en dinero para las arcas del Movimiento 26 de Julio. Esto determinó mi traslado a Caracas, vía los Estados Unidos el 2 de febrero de 1958, y mi encuentro con Fabricio Ojeda, de todo lo cual sale en claro la disposición, la promesa de ayuda de las autoridades venezolanas a la causa revolucionaria cubana. Esto es lo que se plantea en Mompíe, en la reunión de principios de mayo, y de ahí la decisión de que yo parta para Caracas a viabilizar esta ayuda, a concretarla, incluso con el uso de los cifrados secretos. A mi llegada a Caracas, hicimos nuevas gestiones, y como consecuencia de todo ello, es que se produce la entrevista radial entre Fidel, en la Sierra Maestra, en la planta de Radio Rebelde, y René Estévez, representante personal del Presidente de Venezuela, Wolfgang Larrazábal, en la cual Estévez traslada el compromiso formal de ayudar con armamento a la Revolución Cubana.

Suárez: ¿Por radio?

Buch: Naturalmente, esa conversación se sostuvo en lenguaje figurado, pero de fácil comprensión para los interlocutores. Ese contacto radial tuvo una importancia capital para el feliz desenlace de las gestiones de materializar la entrega del armamento.

Suárez: Por lo que usted me dice, entre la promesa formal de entrega del armamento y la entrega real transcurren seis meses, aproximadamente; ¿por qué se demoró tanto?

Buch: Por tres causas. Por razones de política interna de Venezuela; por discrepancias surgidas con otras organizaciones opuestas a Batista, aunque no todas revolucionarias, que presionaban para que el cargamento se dividiese en tres partes, con lo cual el Movimiento 26 de Julio sólo recibiría un tercio del total y, por último, y lo más lamentable, por haberse suscitado discrepancias en el seno del Movimiento 26 de Julio en el exilio: entre el Comité del Exilio y el delegado de Asuntos Bélicos, Ricardo Lorié, y su dilecto amigo, Pedro Luis Díaz Lanz. Por estas razones, es que se demoró tanto la entrega.

Suárez: Trabajemos primero el asunto interno venezolano. Posiblemente, no había en la lucha contra Batista un Gobierno y un pueblo que se hayan comprometido tanto con la Revolución Cubana como el venezolano; entonces, ¿qué razones políticas de carácter interno puede haber para entorpecer la concreción de la voluntad del Presidente Larrazábal de cooperar con la Revolución?

Buch: Es verdad de que en Venezuela el Movimiento 26 de Julio tuvo un apoyo sin igual y de que ese país acogió como a hijos propios a más de mil exiliados, además de que la clase obrera, los partidos políticos, las organizaciones profesionales y sociales, y personalidades venezolanas, incluyendo al Presidente Larrazábal, a muchos de los miembros de su gabinete y al pueblo mismo, apoyaron a la Revolución. Es verdad de que Venezuela llegó a convertirse en el mayor centro de propaganda revolucionaria nuestra, y de que en *La Marcha de Bolívar a la Sierra Maestra* se logró recaudar 733 395 bolívares, que es el equivalente a 219 579 dólares, como contribución popular a la Revolución Cubana; pero también Venezuela estaba viviendo una enorme inestabilidad política interna, y aunque los sectores populares, revolucionarios, simpatizantes de nuestra causa controlaban el Gobierno, tenían que hacer frente diariamente al peligro de contragolpe de los elementos perezjimenistas, aún fuertes dentro de las Fuerzas Armadas y a los sectores derechistas del país. La Junta Patriótica y el Presidente Wolfgang Larrazábal tenían una situación bien difícil y habían de maniobrar muy finamente para no ser atacados por aquellos sectores políticos que se les oponían, algunos de los cuales eran simpatizantes de la dictadura de Batista o le hacían el juego.

Las facciones fascistas, que aún permanecían en las Fuerzas Armadas, eran un foco constante de peligro e inestabilidad. No había mes en que no se descubriese o tratase de materializar un golpe militar contra el Gobierno.

Al primer amago de golpe militar, el pueblo se lanzaba masivamente a la calle para patentizar su protesta, además de su apoyo al Gobierno patriótico; la clase obrera, de inmediato, declaraba la huelga general y la nación se paralizaba. Esa era el arma más efectiva para neutralizar a la reacción. La paralización era de tal índole que los golpistas huían, no se atrevían a actuar o suspendían momentáneamente sus actividades subversivas. En una ocasión, la sublevación llegó a controlar el edificio conocido como Palacio Blanco, sede de la Policía Militar, y cercano al Palacio de Miraflores, en el que radicaba el Gobierno. Se entabló una lucha feroz entre los sediciosos y el pueblo, que estaba decidido a recuperar el edificio. Un grupo considerable de los exiliados cubanos se unió a los defensores del Gobierno, penetró al edificio por el sótano y tomó por sorpresa a los sublevados, los que no tuvieron más remedio que rendirse. En esta oportunidad, los sediciosos estuvieron a punto de apoderarse de la sede del Gobierno, lo que hubiera sido de consecuencias imprevisibles.

Otro grupo de cubanos le salvó la vida al ministro de Educación, Rafael Pizani, quien era blanco directo del fuego de los golpistas. En la Universidad de Caracas, los cubanos entrenaron a los estudiantes en la preparación, el manejo y uso de los cócteles Molotov. En general, los exiliados cubanos tuvieron un papel destacado en la defensa del Gobierno patriótico venezolano, pero la inestabilidad política del país obligaba a actuar con cautela, y eso influyó en la demora.

Suárez: Usted señaló, si lo entendí bien, como segunda razón, las interferencias de dos organizaciones de oposición, que pidieron obtener un tercio del armamento a entregar por los venezolanos.

Buch: Dicho así no es exacto. Si sumamos bien, se produce la interferencia de cinco organizaciones políticas cubanas de oposición, una de carácter revolucionario y cuatro politiqueras. Me explico.

La promesa de ayuda del Presidente Larrazábal a la causa revolucionaria cubana llegó a oídos de diversas organizaciones que habían suscrito el Pacto de Caracas. En este caso el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, la Agrupación Montecristi y el Movimiento 4 de Abril, estas dos últimas lideradas por Justo Carrillo Hernández y el excapitán Gabino Rodríguez Villaverde, respectivamente, y que eran adictas al excoronel Ramón Barquín, entonces preso por conspiración en el Presidio Modelo de Isla de Pinos. Estas organizaciones, rápidamente, plantearon de que las armas deberían repartirse a partes iguales entre el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y los movimientos Montecristi y 4 de Abril, estos dos como una sola parte en la división: un tercio para cada una. Por supuesto, que estas aspiraciones llegaron a oídos del Gobierno de Larrazábal, y en nada contribuían a viabilizar la entrega.

Por otra parte, nuevamente entró en escena el doctor Felipe Pazos para importunar. Personándose esta vez en nombre de la Organización Auténtica y del Partido Revolucionario Cubano, se entrevistó con el ministro de Hacienda, José A. Mayobre, al que conocía y con el que tenía amistad desde los días comunes en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), y le planteó el interés de estas organizaciones de beneficiarse con la ayuda bélica prometida por Venezuela.

¡Imagínate tú! Todas esas aspiraciones llegaban al Gobierno por distintos conductos y provocaban la paralización de la entrega de las armas, que aunque habían sido comprometidas con Fidel, no había dudas de que tales peticiones de reparto preocupaban al Gobierno, porque la división que podía suscitarse entre las diversas organizaciones

cubanas podía trascender a la opinión pública y comprometer seriamente al Gobierno venezolano, tanto en el plano interior como internacionalmente.

La actuación de Felipe Pazos se presentó precisamente en una oportunidad formidable para cristalizar las gestiones, que fue en el *impasse* que se creó tras la derrota de los golpistas en su asalto al Palacio Blanco. Además de ser inoportuna, la hizo a un nivel muy alto y directo, que ponía al Gobierno venezolano en una situación altamente delicada. Eso exigía una maniobra nuestra de consideración.

Suárez: Que es introducir al doctor Manuel Urrutia directamente en el asunto, ¿no?

Buch: Ciertamente. Ya en esa fecha se ha firmado el Pacto de Caracas por todas estas organizaciones, incluyendo al Movimiento 26 de Julio, y ellas han hecho designación del doctor Manuel Urrutia como Presidente Provisional de la República. Era el elemento de representación común, con lo cual se trataba de la persona indicada para interceder ante las autoridades venezolanas, dadas las peticiones que estas estaban recibiendo.

Suárez: ¿Están intentando neutralizar a todos los solicitantes?

Buch: Puede decirse que sí, pero, especialmente, lo que se quiere es neutralizar la actividad de Felipe Pazos. Urrutia, en su condición de futuro Presidente Provisional de Cuba, fue a Caracas y se entrevistó con el Presidente de Venezuela, Wolfgang Larrazábal, con el que asumió el compromiso de responsabilizarse con la repartición de las armas y municiones que los venezolanos entregaran en su oportunidad, exonerando de cualquier responsabilidad a las autoridades de Venezuela por las diferencias o situaciones que pudieran presentarse entre las organizaciones de oposición cubanas. De esta manera, se disipó las inquietudes del líder venezolano, quien le pidió a Urrutia que se entrevistara con el ministro de Hacienda, José A. Mayobre. El propio Larrazábal concertó la entrevista por teléfono. Mayobre recibió de inmediato a Urrutia, y de esa manera Felipe Pazos quedó neutralizado.

Suárez: ¿De esta entrevista entre Larrazábal y Urrutia sale ya la decisión de proceder en fecha determinada a la entrega del armamento?

Buch: No. En la entrevista Urrutia-Larrazábal se aborda, en primer orden de cosas, la necesidad de que Urrutia asuma la responsabilidad de repartir el armamento; y en cuanto a la entrega en sí, Larrazábal le

informa a Urrutia, que en su oportunidad, recibiría noticias por medio de René Estévez.

Suárez: ¿Cómo se resolvió este asunto de las peticiones de armamento presentadas por las organizaciones firmantes del Pacto de Caracas?

Buch: Con la Agrupación Montecristi y el Movimiento 4 de Abril había una realidad muy simple, y es que ellos no tenían combatientes en Cuba a los cuales entregar armas, así que no les quedó más remedio que asimilar el dictado de la realidad. La Organización Auténtica y el Partido Revolucionario Cubano, habían quedado neutralizados, y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, que sí tenía una larga estela de luchas y sacrificios y que tenía una guerrilla en El Escambray, en un gesto revolucionario, renunció al tercio del armamento solicitado. Esa fue la solución: cuando el armamento fue entregado, finalmente, fue llevado en su totalidad a la zona donde comenzó y se decidió la guerra, a las fuerzas que sin titubeos habían escogido, antes que todos, la lucha armada en las montañas, que fue el método bélico que demostró ser el correcto: al Ejército Rebelde.

Suárez: Usted mencionó un tercer tipo de causa para la demora. ¿A qué se refiere cuando dice “por haberse suscitado discrepancias en el seno del Movimiento 26 de Julio”?

Buch: A mi modo de ver, estas fueron las más lamentables, pues ocurrieron en el interior del Movimiento 26 de Julio. Son las dificultades que se presentaron con Ricardo Lorié y Pedro Luis Díaz Lanz, por su negativa a priorizar el seguro e importante cargamento de armas de Venezuela, cuando ya está a punto, por el que en México preparaban Gustavo Arcos, Enio Leyva y otros compañeros y que terminó siendo un total fracaso. Pero ya de eso hablamos hace un rato.

Sólo te agregó, que con el tiempo, me formé el criterio de que Lorié y Díaz Lanz, como no eran parte importante de las gestiones que se estaba llevando a cabo en Venezuela, lo que realmente deseaban era que se frustrara esta expedición. En Venezuela, teníamos el apoyo del Gobierno para utilizar su territorio en el abastecimiento de armas, las que el mismo Gobierno iba a aportar, siendo innecesarios los gastos en compra de armas y los gastos para que los delegados de Asuntos Bélicos, como pasaba con ellos en los Estados Unidos, mostrasen una vida holgada, aparentando ser personas pudientes en el afán de desvirtuar sospechas de las autoridades federales, pues como personas adineradas podían poseer autos lujosos y aviones particulares.

Suárez: Vamos a resolver esta cuestión. ¿Cómo concluye la entrega de las armas venezolanas?

Buch: El equipamiento del Ejército venezolano procedía de Europa. Los norteamericanos realizaban gestiones para que fuesen sustituidos por el que ellos fabricaban. De esa manera, los armamentos de todos los ejércitos latinoamericanos quedarían estandarizados, aparte de que sería un negocio jugoso para sus empresas productoras. Para lograr dicho objetivo, habían enviado como muestras distintos equipos de diferentes tipos para que el Ejército y la Marina probasen su eficacia y se entrenaran en su manejo. Los equipos fueron introducidos en Venezuela, pero sobre ellos no se realizó contabilidad alguna en los registros oficiales y, consecuentemente, podría disponerse de ellos sin alterar la contabilidad y el control de los armamentos que sí habían sido adquiridos oficialmente por los distintos cuerpos militares.

El general Hugo Trejo ordenó que a los fusiles Garand y a las ametralladoras se les limara los números de serie, a fin de que no pudiese ser identificada su procedencia. De esto sabíamos, porque Francisco Pividal, por sus conexiones con altos oficiales del Ejército que habían sido sus alumnos en la Escuela de Aviación, estaba informado del trabajo de preparación de las armas.

Suárez: ¿En qué fecha fueron preparadas las armas?

Buch: Para mayo o junio de 1958, coincidiendo, aproximadamente, con la fecha en que René Estévez promete a Fidel, en nombre del Presidente Wolfgang Larrazábal, la entrega de cierta cantidad de pertrechos. Los militares venezolanos hicieron desaparecer los elementos de identificación y embalaron las armas en huacales de madera con un peso aproximado de entre noventa y cien libras cada uno, al igual que las municiones, de tal manera que fuera fácil su manipulación. Desde esa fecha quedó listo el cargamento para su envío a Cuba.

Suárez: ¿Entonces es que sobrevienen los inconvenientes que usted mencionó anteriormente?

Buch: Entonces es que sobrevienen esos inconvenientes. Pero como te dije, estos fueron resueltos poco a poco, por lo menos los que tenían que ver con las diversas peticiones de diferentes organizaciones. Lo que faltaba era la orden presidencial para la entrega del armamento a nosotros.

Insistíamos diariamente, pero nada. Hasta que por fin, en una fecha que ahora no recuerdo, un día voy a entrevistarme con René Estevez

en su oficina de Televilla, a volver a tratar sobre el asunto, y me dice, quién sabe si ya agobiado por la reiteración:

— *El día de mi cumpleaños (y me dice el día, que ahora no recuerdo), Wolfgang quedó en pasar por mi casa, en horas de la tarde. ¿Por qué ustedes no van a felicitarme y, accidentalmente, se encuentran con él?*

Efectivamente, el día señalado nos presentamos en su casa Luis Orlando Rodríguez, Sergio Rojas y yo. Nos pusimos a conversar con René Estévez y entre nosotros, y al poco rato llegó Wolfgang Larrazábal, vestido de civil. Saludó a Sergio Rojas, al que ya conocía. Luis Orlando y yo fuimos presentados.

Suárez: Cuando se produce esta entrevista de la que me habla, ¿aún Larrazábal era Presidente de Venezuela?

Buch: No. Ya no era Presidente, pues con motivo de la campaña electoral, en la que era postulado a la Presidencia por las fuerzas patrióticas, estaba en licencia como Presidente y había sido sustituido por Edgar Sanabria. Las elecciones, y esto es importante, iban a celebrarse el 6 de diciembre, teniendo por candidatos a Rómulo Betancourt y a Larrazábal. Pero el asunto de las armas era un asunto decidido por Larrazábal siendo Presidente, con lo que estaba comprometido, y para nosotros seguía siendo el Presidente de Venezuela.

Precisamente, cuando él llega, que nos ponemos a hablar con él, la conversación gira en torno a las elecciones, la lucha en Cuba y la situación internacional.

Nosotros habíamos convenido de que, en lugar de tratar conjuntamente con el contraalmirante Larrazábal la entrega de las armas, en mi condición de coordinador general del Comité del Exilio lo hiciera, con mucho tacto, a solas. Así que Luis Orlando y Sergio Rojas se fueron retirando discretamente, hasta que Larrazábal y yo nos quedamos solos en un extremo de la saleta. La casa tenía, al entrar a ella, una sala regular, una saleta más amplia, que era donde estábamos, y luego un pasillo lateral con plantas ornamentales.

En la primera oportunidad que tuve, me atreví a decirle:

— *Excelencia, usted le ofreció a Fidel ayudar a la Revolución Cubana con armas y municiones. Usted, como militar, sabe perfectamente que en una batalla solamente se puede contar con los efectivos reales en ese momento y no con los posibles que se pueda recibir. Ha pasado*

el tiempo desde que se realizó el ofrecimiento, pero aún no se ha podido concretar. El Comandante en Jefe, Fidel Castro, se encuentra en estos momentos enfrascado en la etapa final de la guerra, pero desconocemos cuánto tiempo pueda durar en obtener el triunfo. Ha enviado al comandante Luis Orlando Rodríguez, quien nos acompaña, para saber cuál es su decisión final.

Recuerdo que ambos estábamos tomando whisky, cada uno con una copa en la mano. Cuando yo termino de decirle aquello, Larrazábal da un paso atrás, y me mira de arriba abajo, de manera impresionante. Te aseguro que me quedé perplejo. Por mi cabeza, en ese momento, lo que pasó fue la sensación de haber “quemado las naves”, y de que lo brusco de mi planteamiento había sido el mayor disparate de mi vida.

Suárez: ¿Y usted no había calculado lo que le iba a decir a Larrazábal?

Buch: Por supuesto. Mientras estábamos conversando todos, yo había estado meditándolo, ya que ese era el momento propicio para tomar una decisión: o se perdía todos nuestros esfuerzos de seis meses de constante batallar, o se resolvía de una vez la orden de entrega, la que dependía exclusivamente de Larrazábal. Lo que yo le dije no era una improvisación. Lo había pensado, pero después de que se lo dije, que Larrazábal reaccionó, lo que me pasa por la cabeza, lo que me da por pensar es que he “metido la pata”. De cierta manera, había “quemado las naves”, me la jugaba, el todo o nada.

Suárez: ¿Qué dijo Larrazábal?

Buch: El hombre da el paso atrás, me mira de forma muy penetrante y se queda meditando, pero eso sin apartarme la mirada. Quedé como petrificado, esperando. De momento, da un paso adelante con la mano derecha extendida, toma mi mano y la aprieta fuertemente, y me dice:

— Venezuela tiene palabra y su Presidente la cumple. Mañana, a las tres de la tarde, vaya al Estado Mayor de la Marina de Guerra, que el vicealmirante Carlos Larrazábal, jefe de la Flota, lo atenderá personalmente.

Me quedé paralizado, sin saber qué hacer. Hubiese podido abrazarlo en gesto de gratitud, chocar las copas y brindar por su triunfo en las elecciones y la victoria de nuestra Revolución, o, simplemente, agradecerle su decisión, en nombre de Fidel y de nuestros compañeros de lucha. Pero me quedé mudo, sin moverme. Parece que él se percata, me da una palmada en el hombro, y me repite:

— Mañana, a las tres de la tarde.

Entonces, fue que pude reaccionar y preguntarle si podía ir acompañado por el comandante Luis Orlando Rodríguez. Estuvo de acuerdo, y hasta ahí fue la conversación. Él hizo un giro de los talones, bastante marcial por cierto, y se fue adonde estaban René Estévez y mis dos compañeros charlando. Yo me les incorporé.

A Luis Orlando y a Sergio Rojas no les pude comunicar de inmediato la decisión que acababa de tomar Larrazábal. Como este no había dicho nada sobre el asunto, y estábamos los cinco, tomé la decisión de callar, aunque por la expresión de mi rostro mis compañeros pudieran haberse dado cuenta de que las cosas debían haber ido bien.

Transcurrido el tiempo normal de una visita de cortesía, nos retiramos. No queríamos ser impertinentes, pues probablemente Larrazábal y René Estévez querían conversar a solas.

En el trayecto hacia el automóvil, les di cuenta de la buena nueva. Luis Orlando daba saltos de alegría, pero algo exagerados, así que tuvimos que contenerlo, pues los escoltas de Larrazábal nos estaban mirando, sorprendidos.

Al día siguiente, puntualmente, a las tres de la tarde, Luis Orlando y yo fuimos a la sede del Estado Mayor de la Marina de Guerra de Venezuela, a entrevistarnos con el vicealmirante Carlos Larrazábal. Un oficial nos recibió en la puerta y nos condujo a su oficina. Este nos saludó con un fuerte estrechón de manos, nos invitó a sentarnos, y nos dijo:

— *Los estaba esperando. El contraalmirante me informó acerca de cuál es el asunto que los trae, y me dio instrucciones.*

Le informamos nuestros nombres, los cargos que teníamos en el Movimiento 26 de Julio, y entonces el vicealmirante toma la palabra y nos dice que él había estado estudiando la cantidad de armamento que hacía falta para que la ayuda fuera efectiva, y nos da un dato espectacular. Nos dice:

— *El armamento que habrá que proporcionárseles, para que la ayuda sea realmente efectiva, debe ser de doscientas toneladas, entre armas, bien balanceadas, y municiones suficientes.*

Bueno, el hombre comienza a hacer una disertación de cómo debía procederse y nos dice que la carga teníamos que conducirla por mar; que para ello había que conseguir una buena embarcación, con capacidad suficiente para tanto peso y que él había analizado el mapa de la provincia de Oriente, en busca de los lugares posibles de atraque y

descarga del armamento. Estimaba que Baracoa era el sitio ideal, dada su lejanía de los puntos vitales del Ejército de Batista y las dificultades para las comunicaciones terrestres. Añadió que debía procederse al desembarco en horas de la noche, para neutralizar a la aviación, pues al amanecer ya todo el trajín habría terminado, y que para el buen éxito de la operación el Ejército Rebelde debía realizar una maniobra que posibilitara tomar previamente el lugar de desembarco y protegerlo. Nada, fue haciendo cálculos y análisis, como aquel de estimar las fuerzas de Batista en ochenta mil hombres.

Nosotros escuchamos atentamente su exposición, hasta el final. Tan pronto el vicealmirante terminó de enunciar su proyecto, Luis Orlando tomó la palabra. Diplomáticamente, elogió la exposición que acabábamos de escuchar, el proyecto esbozado por el vicealmirante, pero dijo que no era conveniente para nosotros porque iba a requerir de mucho tiempo para prepararlo y ejecutarlo, y que implicaba una maniobra militar muy importante el hecho de que el Ejército Rebelde tuviera que distraer fuerzas importantes de los frentes de guerra para movilizarse hacia Baracoa, tomar la ciudad o un punto de la costa, resguardarlo y esperar el desembarco, y que además de ser algo complejo, implicaría posiblemente obtener la aprobación personal de Fidel, pues tal maniobra podría afectar la estrategia de la guerra.

Cuando Luis Orlando terminó, Carlos Larrazábal nos invitó a pasar a un salón contiguo a su despacho. Allí había unas mesas bien largas con tapas de cristal, iluminadas con luces interiores. En una de aquellas mesas tenían un mapa enorme de la provincia de Oriente, al nivel del detalle, donde se veía claramente poblaciones, poblados, caseríos, ríos, arroyos, puentes, caminos, bosques, sembrados, puertos, y cuanto accidente topográfico fuera mínimamente relevante. Con toda seguridad, aquella información la suministraban los Estados Unidos. Nosotros nos quedamos sorprendidos ante la información minuciosa que los yanquis tenían del territorio cubano.

Cuando estábamos inclinados sobre el mapa —no recuerdo si fue Luis Orlando o fui yo—, se le dice al vicealmirante:

— *Nosotros queremos obtener la mayor cantidad de armas y municiones que ustedes puedan entregarnos. Pero en estos momentos, dada la necesidad inmediata que tiene el Ejército Rebelde, solamente requerimos lo que pueda transportarse en un avión regular de carga, atendiendo a las condiciones de la pista que se va a utilizar para el aterrizaje.*

Luis Orlando se encargó de explicar y señalar en el mapa las posibles pistas a utilizar, así como la experiencia que ya habíamos obtenido en realizar aterrizajes en aquellas pistas rústicas. En definitiva, le explicó que había condiciones para recibir aviones con cargas de hasta diez toneladas.

Suárez: O sea, por lo pronto, reducir las doscientas toneladas ofrecidas a unas diez, ¿y cómo reaccionó el hombre?

Buch: Imagínate. El vicealmirante se molestó, se disgustó. Nos dijo que eso era inaceptable, porque con esa cifra de armamento no se contribuía eficientemente; que con eso no se ganaba la guerra de forma inobjetable y segura, y que, por consiguiente, el prestigio de Venezuela podía quedar en tela de juicio. Su criterio más firme era de que la ayuda a la Revolución Cubana fuera en una proporción tal que se garantizara una victoria militar sobre el Ejército de Batista; menos que eso era inaceptable.

Por supuesto que Carlos Larrzábal, como todos los oficiales latinoamericanos de la época, hacía cálculos meramente convencionales de cuál debía ser la logística de un Ejército. Ellos tenían formación de escuela militar y desconocían completamente las particularidades que tiene un ejército guerrillero, reducido en hombres, pero que, dadas las tácticas que usa, se multiplica y reduce o aumenta el valor operativo de un arma, en dependencia de si se usa para el ataque o para la defensa.

Así que le correspondió a Luis Orlando, recurriendo a la mayor paciencia posible, explicarle al vicealmirante, sobre el mismo mapa de la provincia de Oriente, cada uno de los detalles, de las particularidades de la guerra en Cuba; de la táctica del Ejército Rebelde de atacar mediante la emboscada, por sorpresa, aprovechándose de cuando el enemigo estuviera en movimiento, con lo cual se le obligaba a permanecer inoperante en los cuarteles o arriesgarse a sufrir grandes descalabros al desplazarse, y de cómo esto posibilitaba liberar grandes extensiones de tierra y preparar los ataques a las posiciones fortificadas del enemigo.

Luis Orlando se empeñaba en convencer al vicealmirante en cuanto a la corrección de la táctica del Ejército Rebelde y los éxitos que estaba proporcionando. Pero aquel contestaba, le replicaba en cada uno de los razonamientos, con lo que la conversación amenazaba con llegar a un callejón sin salida, sin que pudiéramos convencerlo, y lo que era peor, sin que él se decidiera a entregar el material que le estábamos solicitando.

Ante tal situación, tomé la palabra y le dije a Carlos Larrazábal:

— *Vicealmirante Larrazábal, como usted conoce, ayer en la tarde nos entrevistamos con el Señor Presidente y nos dijo que el compromiso que había sido contraído con el Comandante Fidel Castro se iba a materializar y que debíamos reunirnos con usted para resolver definitivamente el asunto. El Señor Presidente conoce que la ayuda inicial correspondería al armamento que se podría transportar en un avión de carga con capacidad aproximada de diez toneladas, que es el que puede aterrizar sin dificultades en las pistas nuestras en la Sierra Maestra. Nuestra presencia ante usted es para ajustar la fecha en que podemos disponer de ese pertrecho, por lo que si hay alguna variación por parte suya, con el mayor respeto, le pedimos hable con el Señor Presidente.*

Entonces, Luis Orlando tomó la palabra y le explicó que había que mandar material militar con la mayor urgencia, pues la guerra estaba a punto de ganarse y que, en esas circunstancias, un centenar de fusiles y algunas ametralladoras y abundante parque de diversos calibres eran vitales para apurar el triunfo de la Revolución. Para doblegar la intransigencia del vicealmirante, Luis Orlando le dijo que las doscientos toneladas que él había ofrecido podrían transportarse en viajes sucesivos, por vía aérea, ya fuera utilizando el avión del primer envío a realizar u otros aparatos.

Todos estos argumentos y nuestra insistencia lograron hacer que el vicealmirante fuera, poco a poco, cambiando de parecer, y terminara aceptando que el monto de la ayuda inicial fuera la que nosotros proponíamos y no sus doscientas toneladas. ¡Con doscientas toneladas de armamento hubiésemos derrocado a Batista y avanzado sobre Washington, si se hacen los...! Pero lo que nosotros necesitábamos de inmediato era unas siete toneladas, que fue la cifra final que le pedimos.

Suárez: ¿Qué tipo de armamento solicitaron ustedes?

Buch: No especificamos, pues ya sabíamos, por medio de Pividal, el tipo de armamento que tenían preparado para entregarnos. Lo único en que hicimos hincapié fue en que no pasara de siete toneladas.

Suárez: ¿Quedaron en alguna fecha en concreto para la entrega del material?

Buch: No. Él nos dijo que recibiríamos noticias sobre la fecha de entrega por medio del contacto establecido con el contraalmirante Wolfgang Larrazábal.

Suárez: ¿Cuándo ocurre, aproximadamente, la entrevista con Carlos Larrazábal?

Buch: A principios de noviembre.

Suárez: ¿Es cierto de que él se ofreció para venir a combatir a Cuba?

Buch: Eso es cierto. Al despedirnos, nos dijo:

— *Me encuentro impresionado ante ustedes. No he estado en ninguna batalla, aunque ostento medallas en mi pecho; en cambio, ustedes, que con seguridad no poseen ninguna, vienen de una guerra. Voy a pedirle al contraalmirante que me autorice a ir junto a ustedes para participar de la guerra.*

Suárez: ¿Y qué le dijeron ustedes?

Buch: Nosotros le dijimos que sería un honor para la Revolución Cubana el tener de combatiente a un vicealmirante, y más si era venezolano.

Suárez: ¿El ofrecimiento fue en serio?

Buch: Yo no sé él, pero nuestra respuesta sí fue muy en serio. Allí mismo, nos apretamos las manos, nos deseamos suerte; nos fuimos con Sergio Rojas en su automóvil y de inmediato a la oficina de Juan José Díaz del Real, donde además estaban Francisco Pividal, Oscar Villar y Manuel Piedra, todos de la Sección Venezuela del Movimiento 26 de Julio en Venezuela, esperando el resultado de la entrevista con Carlos Larrazábal.

Suárez: Cuando ustedes hablan con Carlos Larrazábal, que mencionan un avión con capacidad para diez toneladas de carga, ¿ya tienen el avión? ¿Es el avión que fue ocupado en México? ¿De qué avión se habla?

Buch: No, en ese momento nosotros no tenemos ningún avión en manos. Íbamos a comprarlo, lo que tampoco era un gran problema, porque oferta había en la propia Venezuela y se había probado algunos.

Suárez: ¿Se ha dado ya la situación con Pedro Luis Díaz Lanz y Ricardo Lorié?

Buch: Se está dando la situación con ellos. Ellos, en vez de priorizar esta operación, que era no sólo importantísima desde el punto de vista logístico, sino completamente “al seguro”, decidieron utilizar el avión comprado en los Estados Unidos para el traslado desde México. Nosotros mantuvimos durante semanas la esperanza de que esta situa-

ción se superara satisfactoriamente, pero la intransigencia de Lorié y Díaz Lanz hizo que perdiéramos tiempo esperando por ellos e intentando conseguir y poner a punto el avión de la acción.

Suárez: ¿Cómo y dónde consiguen el avión para transportar las armas?

Buch: Ya era inminente la entrega de las armas, y para cuando ese momento llegara debíamos tener listo el avión; no podían esperar por nosotros. Así que se les dió indicaciones a varios técnicos venezolanos y cubanos de probar los distintos aviones que estaban en venta. El mejor dictamen se dió a un C-46 de carga que pertenecía a la empresa Avianca, y ese fue el que compramos.

Suárez: ¿Con qué dinero?

Buch: Con el mismo dinero que había aportado el pueblo de Venezuela en la campaña *La Marcha de Bolívar a la Sierra Maestra*.

Suárez: Después de haberlo comprado, ¿demoraron para hacer la operación?

Buch: Sí, aún se demoró la operación varias semanas.

Suárez: ¿Por qué?

Buch: Porque hubo que resolver distintos problemas. Ante todo legalizar no sólo la compra, sino la “operatividad comercial” del avión, para garantizar que no hubiese problemas en caso de que el avión fuera ocupado en territorio cubano o pasara algo con él, de modo tal que las autoridades venezolanas quedaran resguardadas, liberadas de toda responsabilidad. Además, hubo que probar el aparato para verificar distintos elementos de carácter técnico.

Suárez: ¿Cómo legalizaron la “operatividad comercial” de la que habla?

Buch: Por medio de Oscar Villar, quien era un miembro destacado de la Sección Venezuela del Movimiento 26 de Julio y gerente de una muy acreditada compañía de seguros. Para eso, se constituyó una sociedad anónima, la *Mofilonian Air Company*, cuya actividad comercial sería el transporte de carga entre Caracas y Miami y viceversa, todo eso bien registrado ante las autoridades venezolanas, con todas las de la ley. El avión se asentó como propiedad de dicha sociedad anónima en el Registro de Aeronaves de Venezuela.

Suárez: ¿Qué tiempo les llevó probar debidamente el avión y preparar a los pilotos?

Buch: Déjame decirte, que se creó una situación complicada, porque nosotros, apenas se terminó de ejecutar los trámites legales, y sin esperar a completar estos detalles prácticos que eran imprescindibles para efectuar el viaje, en nuestro afán por realizar la operación rápidamente, le comunicamos a René Estévez que ya estábamos en condiciones de recibir el cargamento para trasladarlo de inmediato a la Sierra Maestra.

Los venezolanos respondieron enseguida. Los pertrechos fueron conducidos al aeropuerto de Maiquetía en una rastra que quedó situada a un costado de una de las pistas. Cubrieron la rastra con un encerado verde, custodiada discretamente por militares. La rastra era visible desde el edificio del aeropuerto, que estaba dedicado a las personas que acudían a despedir o a recibir a los viajeros.

Todas estas situaciones que te he contado se van produciendo, la salida del avión se va dilatando y pasa casi un mes. Los neumáticos de la rastra perdieron el aire, lo que le daba una apariencia de algo abandonado. Los venezolanos se nos quejaban con frecuencia, incluso nos imputaban falta de seriedad por no proceder a trasladar los pertrechos por los que habíamos insistido tanto. ¡Fíjate el daño que nos hizo la actitud asumida por Díaz Lanz y Lorié! Yo les ofrecía excusas, una tras otra, tratando de ganar tiempo y resolver la situación, y te aseguro que, aún hoy, me admira la paciencia que demostraron con nosotros ante las excusas que les dábamos. Eso sólo se puede explicar por el espíritu solidario que los animaba y porque estaban empeñados en que se cumpliera la palabra dada por Wolfgang Larrazábal.

Cuando Luis Orlando y yo vamos a México, que nos entrevistamos con Díaz Lanz, él se comprometió, ya que no podría realizar personalmente el trabajo, a designar a los pilotos e instruirlos. La designación recayó en el piloto, Segredo, y en Humberto Armada, como copiloto, pero como Díaz Lanz no podía salir de México por estar sujeto a una causa criminal por la expedición fracasada en Morelia, los pilotos tuvieron que viajar a México a visitarlo para que él les explicara la ruta a seguir para localizar las pistas habilitadas en la Sierra Maestra, y después, en Venezuela, tuvieron que probar el avión realizando distintos vuelos sobre el mar y sobre territorio venezolano para comprobar la eficacia del equipo, de sus instrumentos de a bordo y del consumo de combustible por horas/millas.

Cuando todo estuvo listo, se le comunicó a Fidel, y el Comandante en Jefe ordenó que el viaje se realizara el 6 de diciembre, partiendo de Caracas a las ocho y media de la noche, de tal manera que la llegada a

Cienaguilla fuera pasada las doce de la noche. A partir de ese momento, las comunicaciones cifradas con la Sierra Maestra —y no te digo La Plata, porque ya los compañeros del Primer Frente estaban avanzando sobre el llano, ya se había librado la batalla de Guisa—, se hicieron constantes. Por esa vía se coordinó la ruta y el horario de vuelo y hasta las personas que debían viajar.

Suárez: ¿Cómo iban a enmascarar la acción?

Buch: La hoja de ruta para el viaje se solicitó en Caracas, a partir del supuesto de que el avión en lastre partiría del aeropuerto de Maiquetía, Caracas, con destino al aeropuerto internacional de Miami, con escala en Kingston, Jamaica.

Suárez: ¿Y los planes?

Buch: El plan consistía en desviarnos del corredor aéreo, descargar en la Sierra Maestra, y de inmediato salir para Kingston, donde la tripulación recibiría por cable la orden de regresar a Caracas.

Suárez: ¿Y en Jamaica no iban a sospechar?

Buch: Probablemente sospecharían, porque ellos sabían que se estaba realizando acciones clandestinas a Cuba; pero se pensaba, y se logró finalmente que la torre de control de Maiquetía demorara en cuarenta y cinco minutos el informe de la salida del vuelo al aeropuerto de Kingston, para posibilitar que el avión llegara a Cienaguilla, descargara y saliera rumbo a Jamaica. La experiencia de vuelos anteriores fue aprovechada en esta oportunidad.

Suárez: ¿Quién determinó las personas que iban a viajar?

Buch: Fidel, por medio de los cifrados.

Suárez: ¿Quiénes fueron los seleccionados por Fidel?

Buch: El doctor Manuel Urrutia; su esposa, la señora Esperanza Llaguno; un hijo de ambos; Luis Orlando Rodríguez; Enrique Jiménez, el fogueado luchador dominicano, quien apenas se incorporó a la Sierra Maestra bajó a combatir, siendo herido en la batalla de Maffo, y que en junio de 1959 encabezó la invasión internacionalista a su país, donde murió, y yo.

Suárez: ¿Esos son los que viajaron?

Buch: También *Willy* Figueroa, quien estaba en Caracas con motivo del vuelo que había realizado a Jamaica para llevar las claves confeccionadas por Fidel.

Suárez: ¿Quién decide llevar a *Willy Figueroa*?

Buch: Fidel, pero a insistencia mía.

Suárez: ¿Por qué? ¿Cuál es la relevancia de *Willy Figueroa*?

Buch: Al no realizarse la acción con algún piloto conocedor de la zona de aterrizaje, era necesario llevar a bordo a alguien que pudiera ayudar por sus conocimientos de la región y de las pistas rebeldes. Haberlo llevado fue un verdadero acierto, pues ayudó con sus conocimientos a que el avión pudiera llegar bien a Cienaguilla.

Suárez: José Llanusa va a Caracas con todo el equipo hecho y, sin embargo, no viaja a la Sierra Maestra, ¿por qué?

Buch: Efectivamente. Llanusa viajó desde Nueva York a Caracas con todo el equipo hecho. Yo lo invité a acompañarnos en la expedición, pero Ricardo Lorié se opuso momentos antes de la partida a que Llanusa fuera con nosotros. Dijo que el avión iba ya sobrepasado de peso, por lo que no admitía una libra más, y que Llanusa no estaba autorizado por Fidel. Como no había tiempo para hacer consultas a la Sierra Maestra, Llanusa tuvo que resignarse y quedarse en Caracas. Para él fue un golpe muy duro de asimilar, muy difícil, y sólo por su disciplina de revolucionario íntegro admitió quedarse en Caracas. Recuerdo que se me acercó y me dijo:

— *Lleva este uniforme y estas botas a Fidel, que seguramente le sirven por sus tallas.*

Estando ya en Cuba, entregué el uniforme y las botas a Fidel, y le servían.

Suárez: ¿Son acaso el uniforme y las botas con los que Fidel entra en Santiago de Cuba el primero de enero?

Buch: El uniforme quizá no sea el mismo, pero las botas seguramente sí, pues las que él calzaba en los días en que nosotros llegamos a la Sierra Maestra estaban destrozadas. Por lo menos, a Llanusa le queda el consuelo de que Fidel pisara triunfante las calles de Santiago de Cuba y de toda la República con las botas que él había adquirido para pelear en la guerrilla.

Suárez: ¿A qué atribuye usted la negativa de Ricardo Lorié?

Buch: Llanusa era uno de los responsables del Comité del Exilio y al igual que Haydée Santamaría, estaba radicado en los Estados Unidos, con lo cual conocía de primera mano los oscuros manejos operacionales

de Ricardo Lorié y Pedro Luis Díaz Lanz, los gastos excesivos en que incurrían, el lujo del que muchas veces se rodeaban, y quizás Lorié temía que esto fuera informado por Llanusa a Fidel. La forma en que actuó al triunfo de la Revolución no me deja ninguna duda para poder afirmar hoy que los gastos en que deliberadamente incurría en La Florida eran en beneficio personal.

Suárez: ¿Cómo fueron las últimas horas en Venezuela?

Buch: A las cinco de la tarde de ese día 6 de diciembre, salimos de Caracas con rumbo a La Guaira, en el automóvil de Sergio Rojas. Íbamos el doctor Urrutia, la esposa y el hijo, *Willy* Figueroa y yo. Fuimos hasta La Guaira, y nos trasladamos a un pequeño hotel de madera cercano al mar, en el que ya se encontraban Luis Orlando Rodríguez y Enrique Jiménez, quienes habían ayudado a cargar el avión.

Poco antes de salir para el aeropuerto, pasamos por el apostadero naval de la Marina de Guerra, en La Guaira. El jefe nos atendió muy amablemente, nos brindó café y deseó buen viaje. Antes de que nos retiráramos, le entregó a Luis Orlando un fusil FAL con su parque, para que, en nombre de él se lo entregara al Comandante en Jefe, como presente que reconocía y expresaba la admiración suya hacia la bravura de Fidel. Recuerdo que, estando en la Comandancia General de La Rinconada, en más de una oportunidad vi a Fidel dispararle con aquel FAL a las avionetas que sobrevolaban el lugar.

Pasada las nueve de la noche, partimos para el aeropuerto de Maiquetía. Los automóviles se estacionaron a un costado del C-46. El piloto y el copiloto ya estaban en sus puestos y las armas y municiones en cajas de madera debidamente amarradas en la panza del avión. Subimos a bordo. Como el avión era de carga, no tenía asientos, salvo los del piloto y el copiloto, por lo que cada uno de nosotros buscó sobre las cajas el mejor modo de acomodarse. Recuerdo que en la cola se mantenía una bombilla encendida, con una luz tenue que apenas alumbraba el servicio sanitario, que consistía nada más que en una cortina de lona, por cierto, bien estrecha, y el sanitario para las necesidades. Despegamos como a las diez y media de la noche.

Suárez: Pero la orden de Fidel era de que ustedes partieran rumbo a Cuba a las ocho y media de la noche, ¿no?

Buch: Es que no se calculó bien el tiempo necesario para el traslado desde La Guaira hasta Maiquetía. En definitiva, partimos con dos horas aproximadamente de retraso.

Suárez: ¿Qué incidencias hubo en el vuelo?

Buch: Nada, bastante aburrido, sin poder leer, con la prohibición por parte de los pilotos de fumar o encender fósforos, y sin mucha conversación.

Cuando llevábamos como tres horas de vuelo, *Willy* Figueroa me llama y me dice, muy discretamente, que pase a la cabina, pues el piloto y el copiloto, al divisar las luces de señal y aviso de un faro, no se ponían de acuerdo acerca de cuál sitio era. Llego a la cabina y me doy cuenta de que están desorientados, y me dicen que el motor izquierdo venía perdiendo temperatura, lo que indicaba un desperfecto mecánico, que de acentuarse nos obligaría a volar con un solo motor y aligerar la carga. Imagínate. Eso significaba tirar parte o todas las cajas con las armas y municiones, lo que resultaría tremendamente peligroso, o abrir las válvulas de combustible. Discutimos el asunto y acordamos esperar a que llegara el momento de mayor peligro.

En lo que respecta a las señales del faro, el copiloto Armada, algo nervioso, decía que correspondían al aeropuerto de Santiago de Cuba, pero Figueroa le replicó de que se trataba del aeropuerto de Kingston. La explicación que dio *Willy* Figueroa convenció al piloto, Segredo, quien hizo un giro hacia el nordeste en busca de las señales del faro de Cabo Cruz. Tan pronto fueron visibles, sirvieron de guía para adentrarnos en el golfo de Guacanayabo. Localizado el poblado de Campechuela, se voló sobre él en dirección a Cienaguilla, encendiendo y apagando los faroles como estaba indicado. Poco después, encendieron las luces de la pista rebelde.

Los pilotos, sin volar en círculo sobre la misma pista, como estaba convenido para mayor seguridad, tomaron la decisión de aterrizar. Calculo que volaríamos a una altura aproximada de dos mil pies cuando se abrió la compuerta del tren de aterrizaje para sacar las ruedas. De inmediato, comenzó el descenso. Tú sabes que eso origina un dolor en el oído que te da la sensación, de que van a estallar. Al tocar tierra, el avión pegó un salto. Los pilotos aplicaron los frenos hidráulicos y el avión se detuvo en un tramo bien corto. Una vez detenido, pero sin apagar los motores porque iba a remontar vuelo rápidamente, abrimos la puerta de salida, y nos encontramos con que se acercaban decenas de soldados rebeldes, con barbas y fusiles de todo tipo, cantando el Himno Nacional. Nosotros comenzamos a cantarlo también. Alguien gritó un *¡Viva Cuba Libre!*, y todos dimos el *¡Viva!* Fue muy emocionante el recibimiento que nos dieron los compañeros del Ejército Rebelde.

El doctor Urrutia, su esposa e hijo bajaron a tierra. Sin pisar tierra todavía, Luis Orlando y yo, con los cuchillos de campaña que portábamos, comenzamos a cortar las cuerdas que ataban y aseguraban las cajas. Mientras, Enrique Jiménez y *Willy* Figueroa dirigían las maniobras del tractor que remolcaba una carreta para que quedara situada frente a la puerta de salida, a fin de colocar la rampa de madera que se había traído sobre la cama de la carreta, y de ese modo crear un plano inclinado para deslizar las cajas con facilidad y viabilizar la rapidez en la descarga.

Estaba en eso, cuando se me acerca José Pellón y me traslada la orden del comandante Pedro Miret, quien sufría de fiebre muy alta y se había tenido que retirar a un bohío próximo, de bajar de inmediato. Realmente, me disgusté, pero la cumplí. Entonces, me informaron de que Fidel había dispuesto que el doctor Urrutia, su familia y yo nos retiráramos enseguida del lugar, como medida de seguridad frente a la eventualidad de un ataque enemigo. Fidel siempre fue muy precavido en las zonas rebeldes. Eso ayudó a salvar a decenas de compañeros a lo largo de la guerra, incluso logró evitar con esas medidas de seguridad, que a veces parecían exageradas, que la propia guerrilla fuera exterminada en determinado momento inicial.

Suárez: ¿El avión permaneció en Cienaguilla a causa del desperfecto del motor o remontó vuelo de inmediato, apenas ustedes descargaron?

Buch: La orden de Fidel era de que debía descargarse el avión en el tiempo mínimo imprescindible, y que en veinte minutos la nave aérea estuviera ya en el aire, para evitar que los aviones del Ejército, que estaban estacionados en Manzanillo, pudieran atacar. El cálculo que él había realizado era de que aproximadamente veinte minutos podía demorar el más rápido ataque del enemigo. Así que se descargó a la mayor velocidad posible, en dieciocho minutos, y el avión, pese al desperfecto del motor izquierdo, despegó con rumbo a Jamaica, como estaba previsto.

Entonces se dio una situación curiosa, triste si se quiere. Se suponía que los pilotos llegaran a Jamaica, se comunicaran con Caracas, recibieran la orden de continuar vuelo a Venezuela e informaran a nuestros compañeros y familiares la suerte corrida, el final feliz de la expedición. Efectivamente, ellos llegan a Kingston con la intención de reparar el motor allí, pero al observar unos movimientos extraños, decidieron seguir hacia Aruba y durante tres días se encargaron de reparar el motor, sin comunicarse con Caracas, para evitar levantar sospechas o llamar

la atención. Esto ocurre paralelamente al traslado de la planta de Radio Rebelde a El Podrío, en cuyo desplazamiento ocurren desperfectos del equipo que lo inutilizan, dejándonos incomunicados con el exterior, sin poder informar a nuestros compañeros y a sus familiares en Caracas del resultado de la misión. ¡Imagínate los días de incertidumbre que vivieron nuestros compañeros y familiares en Caracas, sin noticias nuestras, pensando, incluso, que habíamos desaparecido o caído prisioneros.

Suárez: ¿Qué armamento vino en esta acción, que hace que usted la haya señalado como la más importante de todas desde el punto de vista logístico?

Buch: Calcula de que era algo más de siete toneladas de armas y municiones. En total: ciento cincuenta fusiles Garand; diez ametralladoras de trípode, calibre 30, con sus respectivas cintas; veinte fusiles ametralladoras Browning; cien mil proyectiles 30-06; una caja de granadas personales, y el fusil que le enviaban a Fidel.

Suárez: ¿Todo este armamento estaba en buen estado?

Buch: Te voy a contar algo que creo que es necesario que se diga, para poder comprender la historia, conocer las verdades en sus más pequeños detalles. Los pertrechos fueron llevados a una cañada rodeada por altos farallones. Al amanecer, sentí unas detonaciones en esa dirección, así que partí para allá. Al llegar, me encontré con que el comandante Crescencio Pérez había abierto varias cajas y estaba comprobando la efectividad de los fusiles y los entregaba a los rebeldes de su tropa, quienes andaban desarmados. Crescencio me invitó a dispararle a una roca, para que probara la efectividad de lo que habíamos traído. Estimé que no era correcta la forma en que se estaba procediendo, me excusé y me retiré. En ese momento me enteré de que algunos de los fusiles no expulsaban los casquillos después del disparo.

Suárez: ¿Qué pasó con el armamento?

Buch: Cuando Fidel fue informado de lo que sucedía, dio la orden estricta de que todo el cargamento fuera situado en determinado lugar, sin que faltara uno solo de los equipos, y de que el comandante Crescencio Pérez se presentara de inmediato a la Comandancia General.

Fidel fue hasta donde estaba el armamento y probó personalmente cada arma antes de entregarla a los combatientes, muchos de los cuales eran los mejores reclutas de la escuela de Minas de Frío. A las armas que presentaban desperfectos, Fidel las iba separando y las pa-

saba al teniente Gamba Pulgarón, veterano de la guerra civil española, quien fungía como armero de la Columna 1.

Suárez: ¿Qué tenían estos fusiles?

Buch: Se llegó a la conclusión de que uno de los muelles tenía mayor resistencia de la requerida. Gamba los desarmó uno a uno, cortó los muelles hasta ajustarlos y a otros los limó, hasta que quedaron listos para el combate.

Suárez: ¿Este es el armamento que se estrena en la batalla de Maffo?

Buch: El propio Fidel, junto con *Pedrito* Miret, se encargó de formar y entrenar en el manejo y uso de aquel armamento a los distintos grupos de soldados rebeldes procedentes de la escuela de Minas de Frío, quienes lo recibieron. En La Rinconada deben estar todavía las palmas contra las cuales se probó estas armas. Eso llevó toda una mañana. El bautismo de fuego de los fusiles y las ametralladoras yanquis donados por los venezolanos fue en Maffo. Aquellas armas iban a ser muy útiles, si por fin llegara a darse la batalla de Santiago de Cuba, pero como tú sabes, la guarnición del cuartel Moncada y los militares de la ciudad se sumaron a la Revolución e impidieron, con esta actitud de último momento, que fuera necesario dar una cruenta batalla por la conquista de la ciudad.